

CARTA IV. EL FILOSOFO A TEODORO.

Teodoro mío: Difícil me será referirte todo lo que el padre me dijo el otro día; temo haber olvidado mucho, y lo que más me alige es, que me es imposible repetirte sus discursos en aquella uníon modesta y con aquel apacible tono de convicción con que me los decía; así, no esperes mas que un cadáver de lo que para mí estaba lleno de hermosura y de vida.

El padre dijo: el primer principio de que nace la incredulidad, consiste en las pasiones de los hombres. La religión cristiana, al mismo tiempo que somete el entendimiento, pretende reformar al corazón; no solo nos propone la creencia de misterios profundos, sino también la práctica de obligaciones penosas. El moral del Evangelio se reduce á reprimir el orgullo, la sensualidad, el amor de las criaturas por sí mismas, á no desear mas que los bienes irribles, á no aspirar mas que á Dios, á no vivir ni hacer nada sino por contribuir á su gloria.

Este es el compendio de sus máximas; y si Jesucristo es Dios, si su palabra es veridadera, no hay remedio; es menester sujetarse á estas leyes ó incurrir en las penas espantosas con que amenaza á los transgresores. Discurre ahora, señor, con qué ojos puedan ver esta alternativa unos hombres, que dominados por el orgullo y devorados por el ambición, no conocen otra felicidad que la de los sentidos; concebí cuán activo es el interés que tienen en rechazar una religión que les estorba ó les empuja á todos sus placeres; y teniendo ellos tanto interés en hallarla falsa, ¿quién puede admirarse lo que persuaden así con facilidad?

La mayor parte de los hombres hallan en su ingenio recursos que los engañan, cuando sus pasiones impiden atender á la verdad. Las ideas que lisonjean nuestras inclinaciones, nos dejan impresiones mas fuertes que las que nos desagradan, y esta depravación que nace con nosotros y nos sigue á pesar nuestros toda la vida, nos arrastra á grandes extravíos. Para juzgar de un objeto sumamente, es menester considerarle por todos sus aspectos, comparar todas sus calidades; por eso juzgamos mal tantas veces, y es que desde que el hombre se preocupa de lo que le agrada, ya no mira el objeto sino por aquel lado que le gusta, ya no se aplica sino á desenvolver, apreciar y añadir todo el valor que puede á lo que lisonjan aquel gusto; le sería áspero y duro dársele á considerar lo que pudiera quitarle esta dulce ilusión.

De aquí nacen estas distracciones, estos olvidos voluntarios, y tantas ignorancias afectadas de lo que pudiera encaminarlos á la verdad. Y si esta verdad que, para penetrarla necesita un examen serio y desinteresado, arroja por asomo en un momento de serenidad un rayo de su luz, este resplandor es débil y no basta para iluminarnos; suele bastar al instante ideas mas dulces que le disipan y volvemos á quedar en el error.

Por eso cada pasión tiene sus opiniones propias. El sensual mira sus placeres como una ley de la naturaleza que sería injusto acusar de delito; el ambicioso estima su deseo

de elevarse como carácter propio de las grandes almas, como un fuego capaz de inflamar á los grandes talentos para ilustrar los pueblos y engrandecer los Estados. El lujo, que confunde las condiciones, corrompe las costumbres, y pasando sus justos límites, prepara con su falso resplandor la decadencia de los reinos; no parece á los políticos errados sino medio de circular rápidamente las riquezas y dar perfección á las artes.

Este es el principio por que el mundo tiene un estilo tan contrario al de la verdad, y es que siempre se conforma con la opinion que lo sugieren sus pasiones. Cada cual tiene la suya; y si cada uno puede oscurecer la verdad que la es contraria, ¿qué fuerza no tendrán todas las pasiones reunidas contra una religión inexorable que á ninguna da acogida?

Y esta es la verdadera causa porque los incrédulos serán siempre malos jueces en materia de religión. Y si no, decidme: ¿por qué las leyes recusan por jueces á los que tienen relacion con algunas de las partes? Porque saben que los hombres de ordinario juzgan mas con el corazón que con el entendimiento, que para juzgar bien es menester juzgar sin interés, que cuando el entendimiento está apasionado no hace otra cosa que buscar arbitrios para dar mas color á sus errores. Ahora apliquemos estos principios: los incrédulos aborrecen la religión, sus pasiones les inspiran este odio, desean con ardor que sus promesas sean vanas, para que sus amenazas sean fabulosas; por consiguiente, no pueden ser buenos jueces; el odio desderrada su juicio. Quiero suponerles las luces mas extendidas, los mayores talentos; con esto serán enemigos mas peligrosos, pero no mejores jueces ni mas competentes.

Examinemos ahora cómo ó por qué los mas se hacen incrédulos. Todos nacemos con las reglas de la ley natural grabadas en el corazón: el Criador imprimió hasta en el impio esta divina luz, y después, habiendo sido educado en la creencia de la religión, se le dió una grande idea de Dios, de sus misterios sublimes, de su admirable moral, tan conforme á la miseria del hombre, y tan necesario para su felicidad; él recibió en su niñez esta fe que debía respetar después por tantos títulos; adoró sus santas y misteriosas oscuridades, siguió sus ritos, se sujetó á sus leyes, temió sus castigos y esperó sus recompensas. ¿Por qué, pues, ha mudado? ¿De dónde viene esta espantosa y total revolución que se ha hecho en sus pensamientos? ¿Por qué todos esos oráculos que ahora poco le parecían descendidos del cielo, no le parecen ya mas que fábulas inventadas por la política ó por la superstición de los hombres?

Se me dirá que su emision no fué fruto de sus reflexiones; yo creo y confieso que en la edad adulta debe aspirar á una fe mas ilustrada; pero tambien es claro que siendo este el principio de que depende su felicidad ó su desgracia eterna, debe poner el mayor cuidado para no engañarse en asunto tan capital y cuyas consecuencias son tan graves. Que me diga, pues, cuál es el examen que ha hecho de la religión cristiana; si para hacerle bien ha impuesto silencio

á sus pasiones y apetitos; si ha hecho sus indagaciones de buena fe y con sincero deseo de reconocer la verdad.

Que me diga si ha leído con cuidado los escritos que prueban la certidumbre y divinidad de esta religión y los que explican la economía de su moral y de sus misterios; si por muchos estudios precedentes y por un grande uso del raciocinio se ha puesto en estado de pesar las pruebas, de sentir su conexión y la perfecta fuerza que se comunican; si por el contrario, no ha confundido lo falso con lo oscuro, lo incomprendible con lo contradictorio; si en las dificultades ha tenido la balanza igual; si en las dudas ha contestado con personas mas instruidas; si nunca ha precipitado su juicio; finalmente, si puede su conciencia darle testimonio de que en el estudio de la religión ha ocupado todo el tiempo, imparcialidad y aplicación que exige un negocio de tan alta importancia.

Si lo ha hecho así, yo le aseguro que no será incrédulo; es imposible que Dios oculte la verdad á quien la busca con sincero deseo de encontrarla. La desgracia es, que pocos quieren tomarse este trabajo, y quizá no ha existido un incrédulo que pueda establecer sobre estos fundamentos la seguridad de que ellos se jactan. Son muy diferentes los principios que forman á los incrédulos de nuestros días.

Uno no tienen mas conocimientos ni mas instrucción que aquellas noticias superficiales que recibieron en la infancia; apenas se les enseñaron los dogmas que se deben creer, sin explicarles jamás los motivos. Al primer movimiento de las pasiones se sintieron como reprimidos de la autoridad de la ley y desearon sacudirlos; los ejemplos y los discursos de los otros incrédulos los alentaron; pasaron de la fe á la vacilación, de la vacilación á la duda; empezaron por el deseo de ser incrédulos y acabaron por la vanidad de parecerlo.

Otros, arrastrados por el torrente del mundo, y sin otro estudio que el de sus placeres, se forman una especie de erudición de todas las dudas y objeciones que han aprendido y que no eran capaces de formar; y siendo de un carácter mas temerario y arrojado que los hombres comunes, las proponen á cada paso con mayor osadía.

Hay hombres estimables sin dárse por sus talentos, pero que solo se han ocupado en las ciencias profanas, que no han glorificado á Dios en su corazón, que no han buscado en sus estudios sino lo que podia lisonjear su orgullo ó satisfacer su curiosidad, y por lo mismo han sido abandonados de Dios. Los de esta clase, queriendo pasar por sabios, son unos verdaderos insensatos.

Hay otros que pretenden haber leído, haber examinado, esto es, que han recogido con miserable afán todos los hechos ridículos, todos los sofismas capciosos, todas las extravagantes paradojas que ha inventado una filosofía destructora para dar colorido á sus pretensiones absurdas; que han echado algunos ojos rapidos y curiosos sobre nuestros libros santos, no para instruirse, sino para criticarlos, no para edificarlos, sino para confundirse. En fin, hay diferentes especies de incrédulos; pero cuando se examinan de cerca, se ve que todos ellos no han meditado con la seriedad debida un asunto tan importante, y que todos sus errores tienen por origen las pasiones.

Y si estas pasiones no los cegaran, ¿cómo se atreverían á sostener un sistema tan arriesgado con temeridad tan peligrosa? porque en fin, exageren cuanto quieran las dificultades incomprendibles de la religión, por lo menos no pueden dejar de confesar que hasta ahora no se ha podido demostrar nada contra el divino origen de sus dogmas, que no se ha podido tildar nada de la sublime santidad de su moral, ni desmentir en un ápice la verdad de su sagrada historia.

Por el contrario, debo confesar la vida y la muerte de su divino fundador, la sabiduría y pureza de sus preceptos, la grandeza y sublimidad de nuestras escrituras, los testimonios de vista de tantos hombres apostólicos, la sangre de tantos mártires, el cumplimiento de tantas profecías, la sonora voz de los milagros, la tradición de todos los siglos, la imperturbable firmeza de la Iglesia su depositaria, y estas con las demás pruebas del cristianismo, debieron á lo menos ser de un grande contrapeso en la balanza de su razon.

Porque, señor, considerado con reflexión. A vista de tantos documentos, si queda la menor equidad en sus juicios, deben confesar que ya que no quieren ver tantas demostraciones, ¿por qué aun con la mas ligera apariencia de duda se determinan por el partido contrario y únicamente peligroso? ¿Qué por pocos y rápidos placeres que degradan el alma, por la triste ventaja de vivir como los bestias, que no piensan mas que en contentar al cuerpo, sin otros deseos ni esperanzas; por la vil satisfacción de entregarse por poco tiempo en la tierra á sus vicios, sin rubor ni remordimiento, ¿aventura el hombre los destinos eternos que puede haber, los deja entre las manos del acaso, se expone á perder el bien supremo y á sufrir suplicios que nunca acaban? Peradío, señor, y decidme si no es esto el colmo de la seguridad y la pasión.

Peró, padre, le interrumpí, las pasiones y la corrupción de las costumbres son y han sido de todos los siglos, y los cristianos no han estado ni están exentos. Apenas se extinguó el fuego de las persecuciones en la Iglesia primitiva, cuando la religión se introdujo y los cristianos fueron tan desarreglados como los otros, sin ser por eso incrédulos. Es claro, pues, que la filosofía que casi no existia entonces, no pudo ser la causa de aquella corrupción; así, solo lo fueron las pasiones, sin que ella tuviera parte alguna. Es verdad que las artes y las ciencias vinieron después y que de ellas nació la filosofía que ha extendido tanto la incredulidad. Pero si de estos hechos puede resultar alguna consecuencia, no es otra sino que la incredulidad debe sus progresos á las luces y á la razon.

No entro, me respondió el padre, en la cuestion de si las costumbres públicas han sido siempre igualmente depravadas: basta para sufrir reflexión (y yo lo confieso) que hay y nunca han faltado cristianos inocentes, cuya fe está en contradicción con su conducta; hombres que viven de una manera opuesta al Evangelio; profeso en público la religión que los condena. Pero porque las pasiones no conducen siempre á la incredulidad, porque hay vicios que no son incrédulos, porque la religión no siempre preserva de los vicios, ¿puede inferir que sea útil y que la filosofía no añada mucha corrupción á la que el corazón tiene en sí mismo?

Yo seo consecuencias diferentes y digo: Si el corazón humano es tan frágil que á pesar de los estímulos de la religión, á pesar de sus promesas y amenazas, de sus errores y recordatorios y de enantos motivos ella lo presenta para contener el impulso con que lo arrastra su flojedad, cae tantas veces y corre desbocado al precipicio, ¿qué será cuando perdiendo todo temor y todo freno, no tenga nada que lo reprima, y se entregue sin ningún embarazo á todo el ardor de sus pasiones?

Yo digo: Mientras los hombres no son mas que frágiles, no se abandonarían á todas las licencias y á todos los excesos: habrá algunos que no se atreverán á cometerlos; y si la violencia de las pasiones los arrebatara, pueden esperar que algún día se calmen, y que entonces la religión les hable con su voz imperiosa y terrible, que oiga el incesante grito del remordimiento, y llegue al fin el instante de la corrección; pero que se puede esperar de aquel á quien su razón engañada la personalidad que todo terror es vano y toda cautividad ridicula!

A estas naturales consecuencias añado otra no menos legítima, y es que si para ser vicioso á pesar de la religión que se profesa, basta ser frágil, para atreverse á luchar contra la misma religión, para pretender destruir lo que tantos siglos y tantos hombres grandes han respetado, para osar exigir en principios y reducir á sistema la corrupción de un moral puro y la pervicacion de las costumbres; en fin, para querer quitarse á sí mismo y quitar á los demás hombres todo estímulo de virtud, toda esperanza de arrepentimiento, es menester un grado de perversidad mucho mayor, mas particular y muy infeliz disposición de entendimiento, bien sea un carácter mas arrojado, ó una curiosidad mas temeraria, ó un gusto mas vivo de la independencia, ó un ardor mas insensato de distinguirse por esta vanidad, ó un genio mas brutal en quien las pasiones dominan con absoluto imperio á la razón, ó en fin, todo esto junto.

Os confieso que cuando los hombres, por la resurrección de las artes y las ciencias aumentaron sus conocimientos, tambien se aumentaron sus desórdenes; pero no fueron ellas la causa de este daño, sino los hombres mismos, por el abuso que hicieron de ellas. Desde que empezaron á conocer las ventajas de la ilustración, lejos de encaminarla al blanco de su utilidad verdadera, se extraviaron con ella á los objetos que los indicaba el amor propio. Su vanidad midió de término, la reputación de sabio pareció la mas hermosa, las naciones que hasta allí no se habían disputado mas que la superioridad de las armas, lidiaron por la de los talentos, y los mismos que poco antes habían puesto una especie de gloria en la ignorancia, la pusieron entonces en la ciencia. El hombre siempre se excede, rara vez se mantiene en el medio justo; y en aquella efervescencia general de los espíritus, exageró todos los principios, sacó falsas consecuencias y se cegó miserablemente con la misma luz que lo debía alumbrar.

Por ejemplo: la sens física le advirtió que en la investigación de la naturaleza debía desconfiarse de las opiniones recibidas, y dudar de todo para no engañarse en nada, que debía consultar no el juicio de otros, sino las propiedades de las cosas mismas, y no admitir sino las que su razón podía percibir con claridad. Estos principios eran arreglados en el examen de los objetos físicos ó naturales; pero el

hombre atrevido quiso aplicarlo á la ciencia de las cosas divinas, haciendo de ellos un uso insensato; puso sobre la misma línea las opiniones de los filósofos antiguos sobre los objetos materiales, que sobre los dogmas divinos de la revelación, y quiso discurrir del ente incomprensible á infinito del mismo modo que discurría de los entes criados y visibles.

El mas despreciable metafísico se atrevió á decir á Dios: Por mas que te procures esconder, yo fijaré mis ojos sobre tí, yo someteré á la luz de mi razón tu esencia, tus atributos, tus designios, y negaré sin embarazo todo lo que no pueda comprender. Dices que te has manifestado á los hombres y que les has revelado cosas sublimes; pero yo no me ocuparé en examinar si las pruebas que alegas de esta revelación son ciertas ó no, si están ó no probadas; esto es inútil, porque si no son conformes á mi razón, si no se satisfacen, no pueden ser verdaderas. Voy pues á consultarla, y ella sola me dirá lo que debo creer. Toda revelación que se oponga ó sobrepase mi razón, es necesariamente falsa, y sin mas exámen no debo darla entrada. Por mas que me digan que los hechos que la establecen son indubitables y demostrados, no los creeré, diré que son mentiras ó pondré en la clase de fenómenos naturales los que me presenten con el mas brillante carácter de prodigios y milagros; en fin, yo debo pasar por todo antes que pensar que mi razón pueda engañarse.

Ve aquí lo que dicen en sustancia todos estos sabios que alabando la tradición y las pruebas del cristianismo, no toman otra guía que la de su debilidad y oscura razón, y ve aquí cómo las ciencias. . . . Aquí le interrumpí diciendo: No laicos, padre, honor á vuestra religión, pues atribuis los errores á las ciencias. ¿Quisierais pues que hubieran durado los siglos de barbarie? ¿pensais que la ilustración sea la que ha extendido la incredulidad? ¿la religión cristiana no puede conciliarse con la luz de la razón?

Estor, señor, me respondí, muy distante de pensar así. Yo os he dicho que ni los progresos de las ciencias ni los conocimientos que se adquirieron con ellas, fueron la causa de la incredulidad, sino el abuso que se hizo de estos dones de Dios, sacándolos de su esfera y dándoles una aplicación impropia. Lo que digo es, que esta falsa filosofía, á pesar de sus falsas ilusiones y sofismas, no hubiera podido jamás oscurecer los principios luminosos en que la fe se apoya, si las pasiones no la hubieran ayudado, corrompiendo ó abusando de la luz de las ciencias; y que lejos de que estas puedan contribuir á la ruina de la religión, basta dejarlas en sus justos límites y aplicarlas al uso en que pueden ser útiles, para que ellas mismas dispon todas las tinieblas del prestigio en que se embocan los errores.

Tendel la vista sobre todos los anales de la religión, y veréis que jamás ha tenido ni las luces de la razón ni la perfección de las ciencias. Si alguna vez derramó lágrimas doloridas, fué cuando el mas astuto de sus perseguidores prohibió á los cristianos el estudio de las ciencias humanas, que les era necesario para acabar de abrir los ojos á los gentiles. Para conocer una religión tan elevada y sublime como la cristiana, para concebir el vasto y majestuoso sistema que la compone, y para combinar todas sus partes enlazadas con admirable simetría y proporción, es menester mucha inteligencia; y si su luz ha podido pasar hasta nosotros á través de tantos siglos de ignorancia y barbarie, se

debe á los hombres grandes, que entonces se ocupaban en esclarecer y fortificar su verdad.

Habían entonces vicios y pasiones; pero estas no habían tomado la dirección á que después las ha conducido la filosofía moderna. Nuestros mayores, á pesar de sus flaquezas, respetaban los dogmas: nuestro siglo ha mudado de estilo; el orgullo de los sabios de hoy desdén una carrera en que reducido al mérito de creer, no puede tener la gloria de inventar.

No pude contenerme, y le dije: Padre, me parece duro y quizá poco caritativo mirar la incredulidad como un error necesariamente dependiente de la pervicacion del corazón. No dudo habrá muchos de esta especie, interódules de desear mas que de persuadir; incrédulos seducidos mas bien por su corazón que por su entendimiento: ¿pero cómo podéis negar que haya tambien otros muchos que lo son por reflexión y convencimiento íntimo?

Aun suponiendo que han caído en el error, ¿qué hombre no está sujeto á ilusiones y delirios (por que se ha de suponer malicia en lo que puede ser engaño)? Yo puedo aseguráros que he conocido muchos que son hombres de bien, y no lo fueran si afectaran sin persistencia propia estas opiniones. Conozco muchos honrados, sinceros, llenos de excelentes prendas y dotados de calidades morales respetables; y cómo es posible que no los tuviesen tantos escritores insignes que han sido la gloria de su patria y la antorcha de su siglo!

Ya os he dicho, señor, respondió el padre, que he tratado á los mas famosos, que he leído casi todos sus libros, que aprecio sus talentos como merecen, y que es lástima que hayan abusado de tantos dones del cielo, no sirviéndoles de ellos mas que para perderse á sí mismos y á otros muchos; pero tambien os repito que esos hombres tan ilustrados y sabios en las ciencias profanas, estaban evidentemente ciegos en la ciencia de la religión, y que las espesísimas ilusiones con que captan á sus lectores, no merecen otro título que el de seducción.

Vos decís que eran honrados; no lo dudo, pues que vos lo decís; pero verdaderamente, porque esta calidad tiene mucha extensión: si para ser honrados basta no caer en los vicios groseros ó en los delitos mas vergonzosos, que hasta el mundo mismo entre de infamia, sin dudar que hombres instruidos y celosos de su reputación no caeran en ellos, y en este caso tenéis razon de llamarlos honrados. Si la religión cristiana no exigiera mas que esto, yo tambien los llamara, y ellos mismos no la combatirían, porque no tendrían interés en hacerlo.

Pero, señor, el cristianismo pide mas: no solo condena esos delitos groseros que el mundo tambien reprueba, sino otros muchos que el mundo celebra: su moral es mas extendida á esos filósofos no lo ignoran. No solo amenaza con suplicios eternos al cruel que sacrifica á otro hombre por venganza, al violento que oprime al débil, al injusto que despoja al heredero y al calumniador que quita la honra, sino tambien (y esto es lo que mas les duele) al sensual que pone su felicidad en los placeres de los sentidos, al orgulloso que solo es benéfico por ostentacion, al que no busca mas que su propia gloria y no la de Dios, al que no le consagra con humilde gratitud los dones que lo debe, y en fin, no solo al que obra mal, sino tambien al que no obra bien. Esto les incomoda, y sobre todo, la máxima

de que todas las virtudes morales que no son inspiradas por la fe y acompañadas por la caridad, no son merecedoras de la vida eterna.

No es mi ánimo ni humillarlos ni ofenderlos; pero yo lo dejo á vuestra consideración. Pensad vos mismo, recordándoos de su conducta pública, si sus costumbres son conformes á estos principios, si estos pueden ser de su gusto y si no tienen interés en desordenarlos. Pensad tambien si para merecer el título de hombres de bien, y poder servir de ejemplo, basta no cometer esos grandes delitos, ó no tener esos vicios groseros; y si no hay además otros que por ser mas ocultos y perniciosa al espíritu, no son igualmente culpables.

No creas, decía Bossuet, que solo los sentidos seduzcan á los hombres; la intemperancia del espíritu no los flaquea menos; ella tiene placeres ocultos y se irrita contra la resistencia. El soberbio piensa que se eleva sobre los otros y sobre sí mismo cuando se eleva sobre una religión tan largo tiempo respetada; se imagina superior á los demás, consulta á los espíritus vulgares que siguen la práctica común, se mira con complacencia y se trastorna en todo de sí propio.

He aquí, señor, una de las raíces mas dilatadas y fecundas de que nace con frecuencia esta terrible mal; el orgullo, el indomable orgullo es el que ha hecho los mas funestos de los incrédulos. Os repito que los he conocido, que los he tratado, y no se me puede ocultar que el orgullo los inflamaba con una sed devorante de fama y reputación, con un deseo desenfrenado de pasar por espíritus superiores, que habían sacado el yugo de los terrores populares y con un frenético conato de producir una revolución en las opiniones.

Este es el estímulo seductor porque han prostituido sus talentos y vigiliat al monstruo de la incredulidad. Todo su anhelo era adquirir gloria, satisfacer su vanidad y dejar un nombre ilustre; pero si me hubiera sido permitido hablar con libertad á alguno de ellos, dejando el estilo del Evangelio, que no entiendo, para explicarme en el lenguaje del amor propio, que es el suyo, le hubiera dicho:

Tú aspiras á la gloria y por ella te afanas tanto; ¿pero esa que buscas es la verdadera? Reflexiona un poco y mira si por lo menos entiendes mejor los intereses de tu vanidad que los de tu salud eterna. Yo temo que te engañes en los unos y los otros. Con los riens presentes que has recibido de la naturaleza, te era tan fácil obtener nuestra admiración como merecer nuestra gratitud; sin esas tinieblas de irreligión con que te mancha, tu nombre hubiera pasado á la posteridad como un astro brillante.

¡Infeliz! ¿cómo no consideras que por algunos frivolos alabanzas de sus contemporáneos, tan disueltos á tan engañados como tú, la parte mas numerosa de la tierra en este y en los futuros siglos maldice tu nombre, ó dirá tu memoria y privará de la mejor recompensa á tus escritos, destruyéndolos de la educación pública? Los padres virtuosos, las madres cristianas, los ayos vigilantes los arrancarán de las manos de la juventud y los denunciarán á las generaciones sucesivas como los corruptores de las costumbres y como peste de las sociedades. Tan funestos principios solo serán aplaudidos, citados y seguidos por los soberanos injustos, por los hijos ingratos, por los esposos perjuros. Tú vas á ser el apóstol de los malvados, el legislador de

los perversos, que aprenderán en sus obras el abandono de todos los deberes y la apología de todos los vicios.

Así es, señor, que estos abogados de la Irreligión no lo son las mas veces sino para adquirir una infeliz celebridad; este interés es el móvil principal de sus afanes. Sus discursos, que los escuchan con tanta complacencia y se entregan al encanto de sus noveladas, no tienen otro sino es satisfacer sus pasiones, dispando el terror que los asusta. Así es visible el interés de todos; y siendo así, ¿qué peso puede tener su autoridad? ¿de qué sirve ponderar su habilidad y la extensión de sus conocimientos? Esto mismo nos debe hacer mas cautelosos, porque tantas luces y tantos talentos son mas peligrosos en sus manos, como que son medios mas activos para facinorarnos los ojos y dar á la impostura el colorido de la verdad.

Pero hablemos mas claro, señor, permitid que me explique con toda la sinceridad de mi alma. ¿Los conocimientos y la inteligencia que han mostrado en materias de religion, son tan vastos y tan sublimes como vos suponéis? ¿Y no será este el caso en que se verificó lo que dijo Bacon, que un poco de saber dispone á la incredulidad, pero que la mucha ciencia conduce á la religion? Examinemos esto mas de cerca sin mal humor ni parcialidad, como los estudios que con hecho, consideremos las pruebas que nos han dado de su ciencia y de sus profundas meditaciones en los objetos de la religion, tengamos á la vista sus escritos; ¿qué hemos visto en ellos hasta ahora?

Que han recogido con cuidado y publicado con malignidad todas las sutilezas ó dificultades que los santos libros presentan relativamente á la historia, á la crítica y á la cronología. Pero esto no es nuevo saber, porque antes que ellos las habian producido para resolverlas los doctores católicos, otros muchos cristianos modernos se han desengañado y rendido á la fuerza de la verdad. No les costaba pues mas que reoírse, y han tenido la mala fe de reproducir las objeciones, desentendiéndose de las respuestas. ¿Qué mas han hecho? Repetir hasta fastidiar las objeciones y humilladas imputaciones de Celso, Porfirio y Juliano, pero si hubieran leído las apologías de Orígenes, san Justino y otros, tuvieron rubor de reproducir objeciones tantas veces reducidas á polvo.

¿Qué mas han hecho? Se han servido de muchos sofismas para desquiciar la incertidumbre de los ministerios, pero jamás han podido probar que Dios no les ha revelado, ó que Dios debía á los hombres la demostración de los misterios que les revela. Han acumulado con ostentación y complacencia todos los males que en los siglos de la superstición y fanatismo han hecho los hombres en el mundo con pretexto de la religion; pero acaso proceden con justicia ó conocen bien esta religion, cuando pretenden hacerla responsable de las mismas acciones que reprueba, y á las que amenaza con castigos eternos? ¿están de acuerdo entre sí mismos cuando por una parte catiman su santidad, acusándola de inhumana, y por otra se consuepan de la severidad de sus castigos y de la autoridad de sus preceptos? Pretenden que la religion cristiana es falsa porque no hace buenos á todos los cristianos. Que digan, pues, que las leyes civiles son tambien inútiles y viciosas, porque no cesorban todos los delitos ni producen todas las virtudes.

Pero lo que repiten con mayor delite es el escarnio y la mofa con que producen ciertas doctrinas falsas ó peligro-

sas, ciertas prácticas fútiles ó usos supersticiosos que se han introducido en los pueblos cristianos.

En el fondo tienen razon; pero proceden de mala fe cuando no confiesan que semejantes abusos, nacidos del interés de unos y de la ignorancia y simplicidad de otros, son extrajeros á la religion, y tan contrarios á la pureza de sus dogmas, como opuestos á la santidad de sus ritos; que la Iglesia, guiada únicamente por la Escritura y por la tradicion, los reprueba sin cesar, así por la voz de sus pastores y ministros fieles, como por la ilustrada y pura devoción de sus hijos instruidos. Si los incrédulos, pues, no ignoran que la religion es la primera que llora estos abusos, ¿con qué cara se atreven á imputárselos?

Aquí me ocurre una reflexion que creo importante. La revelacion estriba sobre la verdad de ciertos hechos; nosotros los creemos mas probados y ciertos que ninguno de los que refiere la historia. Tambien se apoya con documentos y usos, que vienen de Jesucristo hasta nosotros, monumentos existentes que no solo demuestran su antigüedad y origen, sino tambien la no interrumpida y constante sucesion con que la tradicion y la práctica continúan hoy la conservado.

Así, el medio fácil y el mejor camino para combatirla, sería ó demostrar la falsedad de estos hechos, ó la no existencia de los monumentos y de los documentos, ó la novedad de estos usos, indicando el tiempo ó la época en que se introdujeron. ¿Por qué pues ninguno de los incrédulos se ha atrevido á esta empresa? ¿por qué en vez de atacar el tronco, se contentan con andarse por las ramas? Porque el tronco es inexpugnable, porque no pueden hallar hechos que sean contrarios á hechos ciertos, porque la evidencia de los documentos no permite la duda, y porque no es posible indicar una época moderna á usos que por una sucesion continua acreditan la antigüedad de su origen.

¿Qué hacen pues? Contra todos los principios de la buena lógica en materias históricas y positivas, á falta de otros medios recurren á razones vagas de diñar, las mismas que pueden consultarse al pirronismo universal; quieren someter la certidumbre de los hechos á las reglas de la verosimilitud, los usos antiguos á las costumbres presentes, los designios de Dios á la razon de los hombres; y con método tan contrario á la sana manera de proceder, es indispensable que caigan en continuos paralogismos.

Añaden á esto historietas chistosas, aventuras malignas, sarcasmos picantes, chanzas burlescas y ridiculas, ironías que vierten á manos llenas; y ve aquí cómo ofrecen una lectura entretenida, que la juventud y los hombres frívulos se traigan con ardor, porque gustan mas de las chistes que de la verdad, y porque no les para ilustrarse, sino para divertirse.

Bata es la sustancia de sus libros; y pues vos los habeis leído, citadme uno desde Bayle que fué el primero de nuestros tiempos hasta el mas moderno de nuestros dias, que no esté escrito ó con este espíritu ó con este estilo. Nemradme uno solo que haya combatido la religion de frente y en su totalidad, que se haya propuesto destruir este armonioso y arreglado plan que empieza con la creación del mundo y llega hasta nosotros los hijos de la Iglesia, este admirable conjunto que no puede ser mas que obra de Dios, pues fué predicho, anunciado y esperado; pues los tiempos posteriores verificaron lo que los pri-

meros oráculos habian prometido, pues es, finalmente, un edificio tan sublime, tan bien enlazado en todas sus correspondencias, tan divinamente encajonado en todas sus partes, que lejos de poder ser creación de los hombres, asombra, espanta y sobrepaja á todas sus ideas.

Para combatir pues la religion, era menester trabajar en destruir su antigüedad, su autenticidad y toda esta armoniosa y completa proporcion con que manifiesta su excelencia. ¿Por qué no nos prueban que los libros de Moisés son falsos indicando nos cuando y quién los escribió? ¿que sus milagros fueron prestigios, y que las fiestas y cánticos que usaron los judíos y que se conservan aun, son todos ilusion? ¿que á los judíos no se les prometió, ni ellos esperaron un Mesías? ¿que Jesucristo no lo fué en fin, que nos prueben solamente que Jesucristo no resucitó.

Ve aquí el fondo y la sustancia de nuestra religion; y para contrariarla era menester demostrar la falsedad de alguno de estos hechos fundamentales; pero esto es lo que no harán jamás; y como los paganos, que no se atreven á atacar á Heracles de frente, porque no los aplasta con su maza, van por detrás á ver si le pueden arrancar algun despojo; cuando pueden encontrar alguna contradiccion aparente, alguna dificultad intrínseca, y sobre todo, alguna idea que dé flaqueo á la moda ó á la risa, cantan el triunfo mientras que el que conoce la majestad y solidez, se rie de sus ridículos esfuerzos.

Y estos hombres, señor, son los que pretenden ser los preceptores, los amigos del género humano y las antorchas de su siglo. ¡Infelices! ¡pobre del mundo si pudieran lograr sus culpables esfuerzos! ¿Qué sería de los hombres si conseguirian con su infame conspiracion arrancarnos el don inestimable de la fe? Ellos quisieran que todos fueran filósofos; esto es, destruir la religion; y que conseguirian sino relajar y deshaocer todos los cimientos de la sociedad, trastornar el orden público y quitarnos hasta las últimas nociones de justicia y decencia? ¿Cuál fuera la suerte de las costumbres, de la buena fe, de la seguridad de los Estados, y aun de los particulares mismos, si los hombres pudieran persuadirse que todo perece con el cuerpo y que la nada es el último término del vicio y de la virtud?

Pero, lo dije, ¿no ha habido muchos hombres que sin religion han tenido virtudes? Tito, Marco Aurelio, Antonio y otros muchos ¿no han sido humanos, benéficos, justos y generosos? Pero esos que me citáis, me respondí, profesaban una religion, aunque no la verbalaban. Por otra parte, puede ser que se enconspiran hombres de un temperamento mas propio para la virtud. Tambien hay otros que quieren parecer virtuosos aunque no lo sean, por orgullo; esto es, que por dominar ó por adquirir un gran nombre, sacrifican las demás pasiones: esto es posible, aunque los ejemplos sean muy raras.

Pero se puede esperar contener en los mismos términos á una multitud grosera y desenfrenada? ¿Se puede imaginar que después de haberles quitado todas las barras de la religion y sus terrores saludables, sea posible con ideas filosóficas, con nociones abstractas de justicia y orden, contener la furia de tantas pasiones? Esto fuera desconocer la naturaleza del hombre, esto sería exigirle que hiciera de balde el sacrificio de su felicidad, y los buenos serian los mas desdichados.

La virtud no es otra cosa que el amor bien entendido

de nuestros verdaderos intereses, la solicitud justa de nuestro bienestar. Si no hay que temer ni esperar después de la muerte, el verdadero interés es gozar en esta vida. Si la razon no espera hallar en la otra la recompensa de sus sacrificios, los sentidos deben tener aquí la preferencia. En vano querrá la filosofía engañar las ventajas que la virtud encuentra en sí misma; la corta y pobre recompensa de la admiracion ajena no basta á desquitarla de sus trabajos y combates, y el interés presente y personal hará siempre mas peso en la balanza.

¿De qué aprovechará creer un Dios, si el mas virtuoso no tiene que esperar de su bondad ni el mayor malvado tiene que temer de su justicia? Desde que se destruyen la esperanza y el temor, que son los únicos resortes de la conciencia, no puede quedar estímulo á la virtud, y desde entonces ya no hay obligacion, ó si hay alguna, no puede ser otra que la de amarnos, y no amar mas que á nosotros mismos.

Ve aquí el terrible caso en que pretenden meterlos los filósofos; y este sería el fruto de sus afanes y sus tristes victorias. Ellos enseñan á los hombres á entregarse sin remordimiento ni rubor á deleites que embelesan la naturaleza, á no tener á Dios y borrar los principios de la equidad, cuando se pueden ocultar á la vigilancia de las leyes, enseñan á los soberanos y poderosos á no conocer mas regla que su poder, su voluntad y sus pasiones. Han armado al hijo contra el padre, al esposo contra la esposa, al criado contra el amo; al vicio le han quitado sus apoyos y remordimientos, á la virtud la han despojado de sus apoyos y motivos, y al corazon de sus consuelos y esperanzas. ¡Santo Dios! si esto es lo que producen sus verdades, que nos dejen con nuestros errores.

Pero, padre, le interrumpí, me parece que hay alguna exageracion en vuestras quejas. Confieso que tenéis razon en mucha parte; pero tambien me parece injusto acusar de tanto horror á todos los incrédulos. Yo conozco muchos que lloran tan anagranmente como vos esos excesos, que ciertamente no son conformes con sus principios. Puede ser, señor, me respondí, que haya habido algunos á quienes la experiencia haya forzado á avergonzarse de sus triunfos; pero cómo no conocieron que destruyendo la religion rompian el freno mas poderoso de las pasiones, aniquilaban el único remedio que puede sanar el corazon, quitaban la única barrera que puede contener á la multitud y abrían la puerta á todos los vicios para inundar la sociedad?

¿Cómo llamándose sabios, cómo diciéndose filósofos, pudieran ignorar que los hombres no pueden hallar ni en su rectitud natural, ni en su educacion, ni en sus estudios, ni en su propia vanidad estos preservativos que la incredulidad dice que deben suplir á los resortes del Evangelio? ¿Cómo no comprendieron que reduciendo todos los apoyos de la virtud á especulaciones elevadas, que solo pueden entender los talentos superiores, no dejaban al comun de los hombres ningún estímulo para ser virtuosos?

¿Cómo podrán justificarse de haber hecho hasta la apología del suicidio? Como si no les bastara haber abierto á nuestras almas los abismos de la aniquilacion, que todavía quisieran apurar todas las fuerzas de su ingenio para hacer que cuanto antes nos precipitamos en ellos. Como si no les bastara haber quitado á los malvados el terror de la

eternidad, y quisieran quitarles también el temor de las leyes y hasta el amor de la vida, para aumentar con esto los delitos.

¿Quién pues puede mirar como bienhechores á hombres que trabajan por volvernos al poder de las tinieblas, después que Dios nos ha alumbrado con las luces de su religión? ¡Discurrir, señor, si merecen ser nuestras guías los que ó son tan malos que tienen este intento, ó tan ciegos que no lo conocen. Solo su necia é intrépida jactancia pudo tratar de preocupacion y de flaqueza nuestra adhesión al cristianismo.

Pero si hay una preocupacion absurda y deplorable, es la de preferir á nuestros grandes motivos de credulidad la autoridad de estos nuevos maestros y considerarles mas luces que á tantos cristianos sabios, que en todos los siglos creyeron con firmeza y la defendieron con gloria, y por fin dejarse alucinar por sus sofismas y creer lo que tal vez no creen ellos mismos.

Dije esto, señor, porque hay muchas razones para dudar de su sinceridad. Sin duda que no se cansan de repetir, en reproducir y volvernos á repetir sus principios destructores; pero este mismo incessante ruido, este infatigable conato es tal vez lo que hace su buena fe mas sospechosa. Parece que no habiendo podido fortificarse totalmente bastante contra los terrores de su conciencia, mueven mucho ruido para atormentarse y buscar compañeros que apoyen su vacillante persuasion.

Cuántos he conocido que se hallaban en este caso ¡cuántos he visto que se esforzaban á parecer incrédulos porque deseaban serlo! ¡cuántos que cuando sanos parecían intrépidos, en el tiempo de la afliccion y los reverses, en las pérdidas de la fortuna y en las enfermedades, han venido á buscar en la religión consuelos que no podia darles su filosofía y ensíanse finalmente á la hora de la muerte pidiéndoles y trémulos han abjurado sus errores, implorando los socorros de la Iglesia que tanto habían despreciado!

A mas de esto, señor, ¿cómo es posible que estén verdaderamente persuadidos unos hombres que no tienen principios estables ni opiniones firmes? Como no tienen bases seguras, fluctúan en todo, y ellos mismos se demuestran y contradicen segun la inconstancia de los humores ó la osadía de los espíritus. Apenas podemos creer á nuestros propios ojos cuando leemos en sus escritos esta anterioridad de discusiones, este conflicto de doctrinas y esta contradicción de opiniones en los puntos mas esenciales.

Uno propone con frialdad la cuestion si hay un Dios y la deja sin resolver. Otro la resuelve, y lo niega con firmeza, y baldona al desta la puslanimidad de no atreverse á cortar de raíz este que llama error popular. Llego un tercero que toma á su cargo probar la existencia de un Ser Supremo, pero con condicion de que no se oúide de nosotros y viva en el reposo y la inocencia.

Viene otro filósofo y declara que en un siglo tan ilustrado como el nuestro es ridículo creer que haya otra vida; que admítase una Providencia es sujetar al autor de la naturaleza á penosos y continuos afanes, por objeto tan poco digno como la conservacion del universo. Otro dice al contrario, que la idea de un Dios que premia y castiga, debe estar grabada en todos los corazones, porque mejor sería ser gobernados por demonios que por ateístas.

Un libro nos enseña que la religion natural hasta para

todo; otro nos asegura que no hay ni pueda haber religion natural, porque toda religion está en contradiccion con la naturaleza. Los unos prueban que los milagros son imposible, los otros declaran que es menester encerrar como locos á los que niegan la posibilidad. Los incrédulos furiosos atribuyen á la religion los horrores de la politica y el fanatismo de los últimos siglos; otros mas modernos reconocen que aquellos excesos fueron el abuso y no el espíritu del cristianismo; así jamás están de acuerdo ni tienen un dictamen seguro.

Me sería imposible referir todas sus contradicciones; baste decirnos que los apologistas de la revelacion han formado volúmenes de las que se hallan entre los escritores mas modernos; y aquí permitidme que os pregunte: ¿cómo es posible que después de una demostracion tan completa, estos filósofos no han podido formar un sistema regular, capaz de suplir al de la religion, después de haber visto que están divididos y son tan inconsecuentes que lo que fabrican unos lo derriban otros, que ellos mismos destruyen sus propias ideas, que las opiniones de ayer las contradicen hoy, que no han sabido establecer ni fijarse en nada, y siempre opuestos entre sí, los unos se burlan de los otros? ¿cómo es posible, digo, que hombres de esta especie hayan podido hacer tanto efecto y adquirir crédito y autoridad?

Preveo, padre, lo dije, que queráis formarme á confiar que su fuerza y su luz consisten en la flaqueza y las tinieblas de sus lectores. Yo creo, señor, me respondí, que no tuvieron un solo partidario si no los patrocinaron sus pasiones y si los cristianos estuvieran mas instruidos en los fundamentos de su religion; pero este es el gran mal, y lo remedio con dolor, son pocos los que se aplican á instruirse. Los negocios ocupan y los momentos de descanso se emplean en diversiones; la opulencia y la grandez arrastran á los placeres y alejan de las cosas sólidas; la curiosidad se entretiene con las ciencias profanas, desmenua el caos de las costumbres y religiones extrañas y descuida de la sola en que ha nacido y de que depende su felicidad.

Apenas hay quien lea los libros santos; dictados por el espíritu de Dios, ni los de los sabios que explican su sentido sublime y misterioso, ni tampoco los escritores que han juntado las pruebas de su verdad y han confundido los sofismas de los incrédulos con tanta fuerza como claridad. Sin mas instruccion que la de su niñez, con el ejemplo interior de nuestra propia inclinacion, con el deseo secreto de que no sea verdadora una religion que nos contiene y nos amenaza, con el maleno placer que causan los discursos que la desacreditan, ¡qué mucho es que tantos se dejen deslumbrar por la van erudicion, por la elocuencia y por los dichos picientes de los filósofos?

Lo peor es que una vez hecho el daño es sumamente difícil el remedio. Yo no veo cómo ni cuándo podrán desengañarse y volver al seno de la religion; porque cada día con la corrupcion de sus costumbres se aumenta la densidad de sus tinieblas. ¡Será cuando se instruyan mas? Pero ellos no se quieren instruir, ni siquiera se dignan aprender los fundamentos en que se apoya la fe. ¡Será en la madurez de la edad y cuando las pasiones empiecen á enfriarse! pero la vejez que debilita los sentidos no purifica el corazón, deja en su fuerza la imaginacion y la memoria, y aunque impide á los sentidos la ejection de lo que la ley prohibe, pero no los hace amar lo que manda.

¡Y cómo en el tiempo del desaliento y de la pereza se podrá examinar, estudiar y aprender lo que se ha desaliado en el de la curiosidad y del vigor?

Cada día se aumentan en el hombre las dificultades, sea por la mayor fuerza de los hábitos, sea por la mas antigua tenacidad de las ideas, sea, en fin, por insensible debilidad de las facultades; así es imposible que la naturaleza por sí sola pueda alcanzar á tanto esfuerzo. Solo Dios y su omnipotente gracia pueden obrar esta resurreccion; él es quien tiene la linterna en la mano y la abre cuando quiere.

re, él es quien envía un Espíritu, que va y sopla donde le parece. ¡Dichoso el escogido para ser vaso de misericordia! Pero me parece, caballero, que ya es tarde y que ahora tendreis necesidad de reposo.

Yo le respondi: vos me habéis instruido de muchas cosas nuevas para mí; todas me dan una fuerte imprescion; espero que otra vez volveré á hablar de ellas. Ahora permitidme que os dé gracias por tanta fineza como es debido. Entonces nos dimos las buenas noches, y yo tambien lo fue. Adios, Teodoro; hasta otra carta.

CARTA V.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

Querido amigo: Desde que el padre me dejó solo, entré en batalla conmigo mismo, y examinando de buena fe mi vida, la de nuestros amigos, la de tantos incrédulos, y particularmente la de los mas celebrados filósofos, considerando la conducta de todos y el estilo ordinario de las gentes del mundo, no pude dejar de conocer que habia mucha verdad en lo que me habia dicho sobre las causas mas ordinarias de la incredulidad.

Repasé tambien en mi memoria algunos de sus libros, y especialmente los que pasan por los mas celebrados contra la religion, y hallé que aquel buen religioso los habia resumido con fidelidad, y que los retratos que me hizo, así de ellos como de sus autores, no dejaban de ser parecidos.

Me sembraba de que un eclesiástico que me habia presentado al caso estuviese tan instruido cuando yo creia que todos eran ignorantes, fanáticos y crédulos, sin critica ni discernimiento. No me podia figurar que un hombre retirado en un claustro fuese capaz de unos raciocinios tan justos y de una lógica tan sana como la que manifiesta.

Yo habia creído burlarme de su ignorancia y su simplicidad; pero encontré en él mucho talento y un espíritu vivo y penetrante.

Lo que mas me sorprendió fué que estuviese tan enterado no solo de los libros filosóficos, sino que conociese tan á fondo á sus autores, porque yo creia que si habia lúsoos y crédulos, era porque ignoraban ó no habian visto las nuevas luces con que la filosofía ha desengañado á los hombres. Me parecia imposible que un hombre dotado de mediana razon y esclarecido por las muchas reflexiones que estos libros producen, pudiese creer todo cuanto se nos imbuje en nuestra infancia.

No comprendia pues cómo este padre, que por otra parte me parecia dotado de juicio sano y de razon despejada, pudiese ser tan crédulo, y me decía á mí mismo: ve aquí el efecto de la educacion y de la invencible tenacidad que adquieren las primeras ideas de la infancia. Aunque los hombres nazcan con talentos, en vez de buscar con ellos la verdad, no los emplean sino en dar colorido á los errores adoptados y persuadirlos de las opiniones mas monstruosas. Este buen padre confiesa que la religion es un agregado de misterios incomprendibles y oscuros, y con todo pretende que ella se puede demostrar con evidencia. Es menester tener el juicio pervertido para no conocer una contradiccion tan palpable. ¿Cómo es posible mostrar con evidencia lo que ni siquiera se puede entender?

Este buen varon, que es capaz de tragarse este monstruo, ha leído todos los libros filosóficos, y no solo se ha dejado penetrar de la fuerza de sus razonamientos, sino que los trata de frívolos y sofísticos. Esta es la arrogancia y satisfaccion con que se explica... Sus autores son los primeros ingenios del universo, y este buen hombre habla de ellos con desprecio y lástima, los llama ignorantes, y tiene por superiores y mas ilustrados á los que como él no saben sacudir el yugo que les impusieron sus toscos padres: este es el extremo de miseria á que puedo llegar la razon humana.

Y pues la muerte me ha traído aquí y la prudencia me dicta permanecer todavía, lo mejor que puedo hacer es sacar partido de la necesidad y desengañar á este pobre filosofo. Entraré en disputa con él y le haré ver sus ineptias y futilidades. Parece que tiene luces naturales, y es posible sentia la fuerza de la verdad; y á lo menos me divertiré viéndole embarazado con mis reflexiones, porque no sabrá desembarazarse sino con miserables subterfugios que yo se los haré palpables.

Estaba haciendo entre mí estos discursos cuando vino el padre, y después de los cumplidos ordinarios lo dije: Muchas veces, padre, me habéis repetido que la religion cristiana merece nuestra admiracion y creencia, que su plan es magnífico, bien ordenado, fácil de comprender y tan capaz de producir la evidencia, que obliga á la persuasion. Os confieso que esta asercion me parece muy arrogante, y ciertamente es contraria á todas las ideas recibidas; porque todos saben que la fe es oscura, que presenta misterios incomprendibles, y yo añado que propone cosas que no solo repugnan á la razon, sino que tambien la contradicen.

Los mismos cristianos aseguran que en esta dificultad consiste su mérito, pues á pesar de las contradicciones y repugnancias que aparecen á la razon, debe sacrificarse ella misma para no escucharse mas que las voces de la fe. Esta es la batalla de la fe y de la razon; y yo creo que en esta lucha, cuando el filósofo reina, la razon triunfa. Por otra parte, para creer es menester juzgar que lo que se cree es cierto, para juzgar es menester entender. ¿Cómo pues entender lo que no solo no se puede comprender, sino que nos parece contradictorio y absurdo?

Verá aquí, señor, me respondí, una objecion que es parece espiciosa. Hallais contradiccion en que se vea con claridad.

ridad lo que es oscuro, en que se crea lo que no se entiende y en que se pueda demostrar con evidencia lo que no se puede comprender. Os diré de paso, que de este carácter son casi todas las objeciones de los filósofos. Presentan un aspecto formidable, porque confunden las ideas; pero cuando una razón lógica las desenreda y pone cada cosa en su lugar, entonces se desploma el aparente edificio, que solo ha podido asombrar al que no tiene ojos para discernir la verdad de su apariencia; y vos lo vais á ver.

Señor, en la religión hay dos cosas: el hecho y el derecho. El hecho es, que Dios la ha revelado; el derecho lo que Dios ha revelado. El primero es claro, y se puede probar con evidencia que Dios es su autor: lo segundo, en parte es claro, porque hay muchas cosas que Dios nos ha permitido entender, y en parte oscuro porque hay otras que ha escondido á nuestra inteligencia.

Para que nuestra razón se satisfaga y conozca que la religión es divina, Dios nos ha dado pruebas y documentos tan evidentes y seguros, que cuando se miran de buena fe, es imposible al que abre los ojos no ver el resplandor de tanta luz. Por eso es culpado el que no la cree, porque de su aplicación depende convenirse de su verdad; y si no se convence porque no se aplica, entonces su omisión ó negligencia en materia tan importante es un grave delito aquí no hay oscuridad alguna.

Es verdad que en lo que llamo derecho, esto es, en lo que Dios ha revelado, hay misterios incomprehesos; no porque contradigan la razón; pues siendo de un orden divino, no están en la esfera de sus alcances; sino porque la ordenan y sujetan; pero Dios puede revelarnos lo que quiere y escondernos lo que le parece, según el orden de su inefable sabiduría, y con la medida que quiere poner su providencia.

La razón, siempre humilde y reverente á los divinos decretos, debe someterse, adorando lo que no entiende y creyendo sin entender lo que se manda creer sin lo que se entiende. No tiene derecho para pedir á Dios cuenta de sus disposiciones, y debe hacerse cargo de lo que Dios reserva la manifestación de estos secretos para el día de la eternidad; que sería una insolencia quejarse de no saberlo todo; que Dios la ha hecho saber todo lo que le es necesario para conocerle, adorarle, servirle en esta vida y gozarle en la otra, y que acaso no la sería conveniente saber lo superfluo y lo que solo pudiera contentar su orgullo y vanidad.

Si se quisiera, señor, con buena fe tener presente esta distinción, se evitarían los equívocos y la confusión con que de ordinario oscurecen los incrédulos este asunto; se vería que las expresiones de misterios que contradicen y repugnan á la razón, no son exactas; que aquí la luz no está en oposición con la oscuridad, pues la luz está en una cosa y la oscuridad en otra; que la razón debe hacerlo todo hasta ver la verdad de la revelación, pero que cuando la llegó á ver debe respetar su oscuridad; que para decirlo así, si en el primer exámen debe hacer el primer papel, en el segundo no puede hacer más que el último.

Mientras se examina si Dios es verdaderamente el autor de la religión, si es cierto que ella viene del cielo y que la haya revelado á los hombres, la razón lo hace todo. Ella examina bien las pruebas, compara los testimonios, rechaza todo lo que no la parece evidente, ó lo que no juzga

probado; solo admite lo que mira demostrado, y á cuya fuerza no puede resistir, indaga, contralíe y apura. Ella es el juez, es el árbitro; este es su oficio, Dios mismo se lo impone, pues no la ha dado sino para eso, porque quiere que su sumisión sea un obsequio racional, y no lo fuera y dejara de ser virtud si ella no quedase examinada.

Pero si después de haber bien visto, bien examinado, queda al fin convencida; si las pruebas que la religión la ha presentado la parecen tales que no puede ya dudar de su extracción divina, entonces hace el último papel y se somete humilde y reverente. Y a toda dudaría sacrilegio, todo examen insulto á la verdad de Dios, toda indagación mas allá de lo que se la ha querido revelar, una temeridad. Se hace cargo de que la oscuridad no es un defecto, sino una disposición divina; que la incomprensibilidad no es una extensión, pues sabe que no puede comprender lo que es de un orden superior tan extrínseco á su inteligencia.

Pero como ya no duda que la religión viene de Dios, al instante se postra, adora y se somete; da gracias al Autor soberano, y en las muchas cosas que entiende, admira la majestad y la bondad divina. Si en otras percibe oscuridades, si se le presentan misterios, si le parece que hay cosas que no hubiera podido adivinar, que no hubiera alcanzado con sus propias ideas, no se espanta, porque conoce su pobreza, sabe que es limitada, se acuerda de la grandiosidad de Dios, de su sabiduría, de la profundidad de sus designios, y entonces se humilla y calla: tanto como todo línea para examinar si es verdaderamente Dios el que la ha manifestado, otro tanto ahora que ya lo sabe es ciega para creer y adorar; y ve aquí cómo la razón y la fe están siempre de acuerdo. La razón no cree fácilmente un origen divino, es menester mucho para hacerle ver; pero cuando le ve, ya se manifiesta como que cree y obedece.

Así, cuando se trata de religión, solo una cuestión se debe examinar; todo se reduce á saber si en efecto las pruebas de que se gloria, si los fundamentos en que se apoya son de tal naturaleza, que no pueden venir más que de Dios. Supongamos por un instante que yo pudiera demostrar á un incrédulo que Jesucristo es Dios y que Jesucristo nos dió el cristianismo en su Evangelio; ¿os parece, señor, que supuesto que el incrédulo convencido se viera forzado á confesar esta verdad, le estaría bien venir á proponerme objeciones que le embarazaran? ¿podría con poder decirme que su corazón encuentra dificultades, que su espíritu no puede comprender misterios tan oscuros ni acomodarse con aquella doctrina?

Yo le diría: ¡Hombre pequeño y miserable! ¿cómo á la vista de tu Dios te atreves á hablar de tu razón? Tu razón no ha debido servirte sino para saber que Jesucristo tu Dios se ha dignado de hablarte; y cuando ella te lo ha persuadido por pruebas á que no pudo resistirse. ¿Qué te queda que hacer sino humillarte y adorar la altura de su saber? ¿Pretendes medir las insostenibles profundidades divinas con los estrechos límites de tus alcances? ¿aspiras á encerrar el inmensurable océano de la eterna sabiduría en la breve concha de la inteligencia?

Tu razón hizo ya lo que debía; ella empleó todos sus esfuerzos, toda su sagacidad en examinar si Jesucristo es Dios, indagó si los documentos que lo acreditan eran auténticos y seguros; puso grande estudio en saber si no había seducción ó engaño, consideró con atención prolija y

cuidadosa si Jesucristo probó su misión de una manera tan clara y tan irresistible que no quede lugar á la menor duda.

Después de tan serio y tan profundo exámen, no pudo hallar pretexto para no rendirse; ella misma se juzgó inexpugnable si no sedía á la fuerza de tantos y tan altos motivos. Esto es lo que debía hacer y penetrar y esto es lo que la hebo para dicha suya; pues sin este exámen aprobado, sin esta discusión tan prolija, no habrían podido tener mas que una fe indolente y vacillante, una fe vaga, sin principios ni consistencia; pero pues una vez quedó convencida tu razón, si tu orgullo te pretende inquietar con nuevas dudas, hazla callar y obligala á que adore y crea.

Este exámen, señor, es necesario y útil, tanto para consultar y corroborar al que cree, como para desengañar al incrédulo. Por otra parte, el Príncipe de los apóstoles nos exhorta á satisfacer á los que nos piden razón de nuestra creencia y de nuestras esperanzas, porque debemos estar en estado de justificar que nuestro proceder es el mejor y mas seguro, mostrando los títulos firmes é inderribables de nuestra confianza; mas una vez alistados en las banderas del Evangelio, no debemos escuchar los nuevos gritos de una razón inquieta, y todo mi estudio debe dirigirse á saber, lo que él dice para creerlo y practicarlo.

Si en este Evangelio que yo adoro hay misterios, vengoro hasta su oscuridad: ¿y cómo puede penetrar la sublimidad de los misterios el que cree, como se encuentra cercado de tinieblas en la contemplación de las cosas naturales? Las ve, las palpa, y sin poder dudarlas, no puede entenderlas. ¿Pero qué importa? Una razón justa y modesta sabe que la tierra no es el país de los conocimientos, que llegará el momento en que empezará el día interminable de la luz, y que lo que le importa saber es, que debe creer y observar lo que se le prescribe.

Aquí debéis observar cómo esta fe es al mismo tiempo clara y oscura hasta la evidencia en los motivos de creer, clara en los documentos que la fundan, clara en las invencibles pruebas que la establecen; pero oscura en algunos de sus misterios, y esto era necesario para que fuera fe; pero su esencia es no ver y creer lo que no ve. También debía serlo para merecerlo, porque no hay mérito en creer lo que ve. Esto no basta y se hace sin esfuerzo ni sacrificio. Jesucristo dijo (1): Dichosos los que no ven y creen.

Así os, señor, como la fe y la razón cuando esta se conduce bien, saben alzarse; porque cada una se pone en su lugar. La razón da los primeros pasos, y puede mostrar que la religión viene de Dios porque viene de Jesucristo que lo es, que Jesucristo ha fundado una Iglesia á quien dejó su autoridad, prometiéndola su asistencia, que todos los artículos que la fe propone han sido revelados por Dios, creídos y sostenidos por su Iglesia.

Puede añadir, que siendo Dios incapaz de error ó de mentar, todo lo que dice es soberanamente verdadero, y que como lo que dice la Iglesia, es la palabra de Dios, no es menos cierto, y así exige una igual y entera adhesión de nuestro corazón y de nuestro espíritu. Ve aquí hasta dónde de la razón alcanza, ve aquí los objetos de que debe ocuparse y que puede descubrir con sus propias luces.

(1) Joann. XX, 20.

Pero cuando ha llegado á estos conocimientos y se rinde á la fuerza de la verdad, entonces se aparta, se pone á un lado y cede á la religión todo el lugar; entonces la fe es la única que domina y propone sus verdades particulares, que la razón no podía descubrir. Es cierto que estaban bien ocultas y que son de una esfera superior; pero la razón las oyó sometida, conociendo su poca luz para penetrar arcos tan altos y tan secretos. Si tal vez incidió por la indolencia de su orgullo se emanciparía á mostrar alguna repugnancia, al instante la fe le oprime con el peso de su autoridad, la reduce al silencio y la tiene cautiva.

Si vuelve inquieta á preguntar, por qué esto? por qué aquello? la religión la tranquiliza diciéndola: Acuérdate de que Dios lo ha dicho, y calla. La razón se humilla, pero es una humillación saludable para que no se desamine ni se vuelva, como dice san Pablo (1), á todo viento de doctrina, y porque la conciencia así en los límites de que no debe salir. De esta manera la fe es firme sin perder nada de su oscuridad, y es oscura sin perder nada de su firmeza.

Supuesto pues que la razón haya una vez quedado convencida de los principios de la fe, si después olvidada ó loca me viene á preguntar: ¿cómo es posible conocer que un Dios se haga hombre sin dejar de ser Dios, que sea mortal al mismo tiempo que inmortal, posible ó imposible, que reciba en su persona todo la gloria de un Dios con todas las enfermedades de un hombre? ¿Cómo es posible entender que este hombre-Dios venga y esté presente en los altares escondido en las especies de pan y vino y otras dificultades de este género? La fe me responde lo que Dios dijo al mar: "Tu llegaras hasta allí, pero allí te detendrás; allí quebrarás tus olas y abatirás las hinchazones de tu orgullo (2)."

Esta sentencia fué absoluta, y contra ella la razón humana no tiene que oponer ni puede replicar; antes la produce grandes ventajas, pues por ella puede el hombre hacer el sacrificio de su corazón con la fe, así como hace el de su cuerpo con la penitencia y el de su corazón con el amor. Cuando con la penitencia y el amor su cuerpo, glorifica á Dios como soberanamente justo; cuando le sacrifica el corazón con su amor, le glorifica como soberanamente amable; y cuando le sacrifica su corazón con la fe, le glorifica como soberanamente verdadero.

De aquí podría inferir cuán útil es la fe para la tranquilidad del corazón: considerad cuán dulces es y cuán ventajoso tener una regla segura que con una palabra sola tranquiliza las agitaciones de una razón inquieta; esta regla es la fe. En efecto, señor, sin una fe dócil y sometida, todas las luces de mi razón en vez de sosegarse con la elección de un partido y dejarme el espíritu en reposo, no harían otra cosa que arrojarme cada día en muchos embarrasos y causarme nuevas turbaciones.

¿Quién ignora que la razón humana, si se le deja tomar vuelo, es variable en sus ideas, y que recibiendo y recoge todos los errores de la imaginación? De modo que hoy piensa de una manera y mañana de otra; lo que hoy la gusta mañana la desagrada; no bien resuelve una dificultad cuando viene á agitarla otra duda.

(1) Ad Ephes. IV, 14.

(2) Job. XXXVIII, 11.

Por eso se ve á tantos filósofos en una incesante perpeli-
jidad, haciendo de todo y sin hallar firmeza en nada. Es-
to es lo que deploraba san Agustín cuando decía que no
estudiaba sino para hallar la verdad, y que en esto emplea-
ba toda su filosofía; pero que después de mucho afán, des-
pués de haber caído en errores groseros, quedaba siempre
incierto y vacilante sin encontrar donde fijar el pie. ¡Por
qué porque no tomaba otra guía que la de su razón; y que
esta no bastaba para alumbrar su entendimiento, que esta
fué la causa de tantas mudanzas y de tantos trabajos inúti-
les, que por eso pasó por tantos sistemas diferentes de
lo que se dejó alucinar, y que no se desengañó sino cuando se
entregó á la conducta de la fe. (Cómo llora en sus confesio-
nes la ceguedad en que vivió tan largo tiempo) y cómo
da gracias á Dios de haber deshecho el hechizo de las cien-
cias profanas que le tenían fascinados los ojos, y de haber-
lo reducido á la santa sencillez de la fe!

En efecto, señor, cuando la razón se ha sometido ya á
la fe y que ya otra están de inteligencia, conteniéndose
cada cual en la esfera que le corresponde, las dos se
prestan un auxilio recíproco. Esto es lo que tranquiliza al
cristiano y le hace invisible. Que venga á combatirne el
que quisiera, sea el espíritu tentador con sus astucias, sean
los invidiosos con sus sofismas, sean mis pasiones con sus
atractivos, sean, en fin, mi propia ligereza, ó el orgullo y la
indocilidad de mi razón; yo tengo á la mano una respuesta
fácil y decisiva que satisfizo á todo; yo digo lo que Jesu-
cristo dijo al demonio cuando lo tentó en el desierto (1):
"Escrito está." Dios lo ha dicho, así escrito está que hay
un Ser Supremo, y que no hay más que uno, que es invi-
sible, eterno, omnipotente, que ha criado al mundo, le con-
serva y gobierna. Yo le interrumpí diciéndole: Hasta aquí
va bien, padre mío; y mientras solo está escrito que existo
solo Dios, podremos acordarnos; pero decidme: ¿Está
escrito que este Dios es uno y tres? ¿que este Dios se par-
te en tres porciones? ¿que es uno, y que no es uno porque
es tres? ¿que es tres, y que no es tres porque es uno? En
fin, padre, ¿es posible que un hombre de razón, no digo in-
struido ni filósofo, sino que solo tenga el sentido común, pue-
da creer y adorar cosas tan visiblemente increíbles y con-
tradictorias! Si se ha podido alucinar al pueblo rudo que
no considera, ¿cómo se puede pretender tratar con el mis-
mo desprecio á los que deben entender mas y juzgar me-
jor! ¿Qué puede ser una religión que empieza por un misterio
que es primera vista manifiesta una contradicción!

Si los cristianos, señor, me respondí, dijera haber in-
ventado á haber descubierto este misterio que os parece
tan increíble, tendríais razón para despreciarlo; y vuestra
razón sería muy competente para decidir de su invención
ó su descubrimiento. Entones podríais decirles con justicia:
vuestra invención es loca y repugna á la razón; vuestro des-
cubrimiento es increíble, porque contradice á todas las ideas
y conocimientos de los hombres; pero los cristianos dicen
que Dios lo ha revelado, y pretenden probarlo con pruebas
y razones que dicen ser evidentes y claras. En este caso
ya veis, qué no puede argüirles con su oscuridad, ni bul-
donarles lo que llamais su contrafección, ni tampoco debéis
comparos del exámen interior del misterio, ó de la confesio-
nidad ó disonancia que puede tener con vuestras ideas.

(1) *Matth. IV. 4.*

Lo único que podeis examinar es, si es verdad que Dios lo
ha revelado; si las pruebas, las razones y los monumentos
que los cristianos alegan, son tan ciertos, tan auténticos y
evidentes como dicen.

La razon de esto es, porque todos los objetos que perte-
necen á la region del infinito, ó á un orden superior á
nuestra capacidad, no deben ser regulados por las ideas de
los hombres, ni el fundamento de nuestra creencia puede
estrinir en su conformidad con las percepciones de una in-
teligencia limitada. Sin subir á la altura de lo sobrenatur-
al, á cada paso encontramos verdades naturales, totalmen-
te exótricas á la esfera de las naciones humanas.

¿Quién sabe, por ejemplo, cómo ó por qué el cuerpo
obedece á los simples desos del espíritu! ¿Quién comprende
cómo ó por qué la materia inerte y tosca es capaz de
animarse con el movimiento! ¿Quién finalmente entiende
la mayor parte de los fenómenos que obran en nuestros
sentidos cada instante, sin que jamás pueda penetrarlos la
razón! Los efectos son sensibles y los principios son ocultos;
y si la razón los capta sin comprenderlos, es porque no
puede contradecir la evidencia de sus sensaciones.

¿Cuánto mas deben ser inaccesibles á todo el esfuerzo
de su penetración los objetos que ni aun siquiera pueden
predecir nuestro sentido! Así, desde que se nos proponen
apoyados sobre un sofisma divino, no debemos conside-
rar si son ó no son incomprensibles, si parecen ó no con-
tradictorios; solo debemos examinar si el testimonio en que
se apoyan viene verdaderamente de la religion á que se
atribuye; y si se puede demostrar la verdad y la seguridad
de sus orígenes, es ridículo dejar de creerlos porque presen-
tan muchas dificultades.

Importa poco que el entendimiento lo apruebe ó lo re-
chace; que le parezca conforme ó disonante con sus ideas,
porque no son ellas las que pueden juzgarlo; ya se le ha
dicho que están fuera de su esfera y que pertenecen á un
reino divino; por consiguiente, lo único que puede hacer
es examinar si un efecto las pruebas que se alegan son
ciertas y vienen de esta region divina; en una palabra, si
es verdad que Dios se ha dignado revelarlas á la tierra.

Ve aqui la razon por qué no puede ya emplear sus lu-
ces sino en averiguar esta verdad, y ve aqui tambien por
qué altera su naturaleza y sobrepasa sus funciones cuando
se atreve á querer penetrar en los misterios, cuando in-
tenta elevarse á la contemplacion de objetos cuyos princi-
pios quedan en los insondables abismos de su esfera sobrenatur-
al.

El infinito es necesariamente incomprensible, tanto en el
modo de su esencia como en cualquiera de sus atributos.
En el orden de las verdades naturales, á medida que cada
objeto se desenvuelve, se presenta mas á nuestro entendi-
miento y su imagen se graba mas en él; pero en el infinito
todo se agranda á medida que se particulariza, y nuestro
entendimiento se confunde tanto con su totalidad como
con una de sus propiedades ó atributos.

Por eso la incomprensibilidad es esencial á todo lo que
perteneces á este orden, que es por su naturaleza incre-
scible. Es imposible que el eterno nos hable ó nos dé una
idea perteneciente á su carácter, sin que nuestro entendi-
miento sea una argüida en el océano donde nuestra razón
no puede por sí sola fijarse. Por consiguiente toda revelacion
desde que se acredita la verdad de su existencia, no

puede ya ser mas que objeto de nuestra adoracion y de
nuestro amor.

El Eterno es de un orden único. Su lenguaje no se
puede parecer á los nuestros. Lo que alcanza á descubrir
el raciocinio humano no puede ser divino; cada cosa tiene
la marca y la impresion especifica de su esfera, y la in-
comprensibilidad es la marca y el carácter distintivo de to-
do lo que es divino y sobrenatural.

Estos principios son muy claros, y es menester estar cie-
go para no ver su evidencia: nada puede ver el que no ve
tanta claridad; menos vista tiene que el que nunca abrió
los párpados á la luz del día, no habrá poder que le haga
recibir la verdad y practicar la virtud, pues no siente dife-
rencias que el buen sentido debe por sí solo descubrir.

No excus pues á la incredulidad decir que un misterio
es increíble y que una trinidad de personas en la uni-
dad de la esencia divina destruye las ideas de la filosofía;
porque esta misma dificultad debe fortificar las otras razones
de creer. A menos que se nos explique cómo lo que
es tan increíble pudo ser inventado por unos hombres y
creido por una innumerable multitud de otros, no se puede
conocer qué ideas tan inauditas y extraordinarias se pudie-
ran presentar al espíritu humano; y menos parece que se
haya esperado el persuadirlos á los demás. Esta debe ser
una nueva razon para indagar con mas solietud el origen
que las atribuye.

En efecto, la impostura puede fabricar sistemas y urdir
fábulas; pero todas las invenciones de los hombres tienen
siempre alguna relacion con las ideas de su espíritu, y por
algún lado se parecen á los objetos que ellos mismos cono-
cen. No cabe pues en la naturaleza humana haber in-
ventado esta trinidad: el dogma me asombra menos de lo
que me asombraría ó la fraude que le inventara á el arrojé
lo que le persuadiera. Cuesta menos á mi razon recibirlo y
adorarlo, que tenerlo por fruto de una maquinacion hu-
mana.

Es seguro que cada efecto debe tener una causa que
corresponda al carácter que le distingue; y por mas que yo
lo medite, sola la verdad puede parecerme motivo sufici-
ente para que la Trinidad divina padiese entrar en el
entendimiento de los hombres: así para mí y para todos los
demás cristianos su misma inverosimilitud es otra prueba
de su verdad. Me parece que la sana razon puede discuir-
rir así, y que no se apartaría de los principios de una buena
lógica; pero los cristianos dicen mas, y prueban que to-
dos los artículos de su creencia han sido revelados por Dios.
Así, dicen: Escrito está que en este ente incomprensible
con la mas simple unidad hay sin confusion una Trinidad
de personas, que estas tres personas, son el Padre, el Hijo
ó el Espíritu Santo, iguales entre sí; que la persona del Hi-
jo vino á la tierra para redimir á los hombres; que sien-
o Dios, y sin dejar de serlo, le hizo hombre; que vivió entre
mortales, que murió en una cruz, que resucitó y que subió
á los cielos.

Escrito está que este Salvador divino queriendo quedar-
se con nosotros hasta la consumacion de los siglos, nos dejó
su sagrada carne y su preciosos sangre bajo las especies
de pan y vino que ofrecemos en sacrificio, y que uno y otro
son la comida y bebida con que se alimentan nuestras
almas.

Escrito está que habrá un juicio universal en que todos

compareceremos, que allí seremos juzgados con arreglo á
la ley del Evangelio, que los que la hubieran observado
gozarán de una bienaventuranza eterna; pero que los que
no la hayan creído ó la hayan violado sin haberse arrepen-
tido, serán castigados sin medida ni fin.

Escrito está... ¿Y qué, padre, le volví á interrumpir,
os atrevéis á asegurarme que podéis probarme con evidencia
que el mismo Dios ha revelado al hombre esas cosas
que parecen tan absurdas, tan monstruosas y tan poco dig-
nas de la trinidad! Si, señor, me respondí, y no extraño
que vuestra razon, que no se ha detenido á juzgar los
principios, se rebule cuando escuchis prodigios que la son
tan superiores: sin duda que estas deben ser para vos no-
vedades extraordinarias, misterios oscuros y verdades ter-
ribles.

Por el que vea sin poder dudarlo que está escrito, esto
es, que Dios lo ha dicho, el que sepa que desmentir es
Dios por pruebas tan evidentes que sería locura no reco-
nocerlo, ¿qué puede hacer sino rendirse y bajar la cabeza
al respecto de su infalible autoridad! El único exámen que
lo queda es saber si es cierto que desmentir lo ha dicho;
pero desde que depone esta duda calla y se somete porque
sabe que su razon puede engañarse y que Jesucristo es
la verdad misma.

Bien pueden ofrecérselle argumentos á que no halle salida,
raciocinios de que no pueda desembarazarse; nada le
hace titubear un instante, y desde entonces dice con el
apóstol (1): "Oh profundidad de los tesoros de la sabidu-
ria divina! sus juicios son incomprensibles y sus cami-
nos superiores á nuestra inteligencia. ¿Quién ha pen-
etrado los pensamientos del Señor! ¿Quién ha en-
trado en sus consejos!" Así resuelve el cristiano
todas sus dificultades, así disipa todas sus dudas, así se
desembaraza de todas las reflexiones peligrosas, se aquie-
ta, vive en paz, y solo se ocupa en practicar las máximas
que el Evangelio le enseña.

Pero, padre, le dije; no es posible que el entendimiento
del hombre adopte lo que no alcanza á ver; es imposible
que crea lo que no entiende. Ese es, me respondí, el
orgulloso clamor del espíritu humano, porque no quiere
hacerse justicia y reconocer su flaqueza. ¿Cómo es posi-
ble que entienda cosas sobrenaturales que están fuera de
sus conocimientos y para cuya inteligencia no tiene órga-
nos proporcionados! ¡No lo basta saber que Dios es quien
las dice, diciéndole al mismo tiempo, llegarás día en que
separado de la materia adquirirás la aptitud para enten-
derlas!

¿Y qué, señor, esta misma razon no abraza tambien las
cosas naturales! ¿Cuántas cosas hay en el universo, cuan-
tas pasan á nuestra vista, que si podamos andar de su exis-
tencia y sin que tampoco podamos comprenderlas, y con
todo, seré menester ser loco para decir que porque no
las entendamos son no verdaderas!

Porque no hemos comprendido hasta ahora el flujo y
reflujo del mar, ¿se puede dudar de este movimiento de
las aguas tan regular y tan constante! Porque nadie sa-
be todavía la causa por qué el iman se dirige siempre al
Norte, ¿se dudará de fenómeno tan útil! ¿Cuántas obras
de la naturaleza se esconden á nuestra penetración! ¿CÓ-
sulas.

(1) *Ad Rom. xi. 33 y 34.*

mo, pues, podemos sorprendernos de que los misterios de Dios estén fuera de nuestros alcances? ¿cómo se puede decir no los creo porque no los entiendo?

Sería muy temerario el mortal que pretendiera robar al cielo los secretos que le quiere esconder. El mismo Dios ha amenazado de oprimir con su gloria al que se acercare demasiado á registrar su majestad (1). Dios nos ha descubierto todo lo que era necesario, así para conocerle y servirle en esta vida, como para vivir con él en la otra eternamente dichosos; y á fin de hacernos ver que la revelación es suya y que no nos queda excusa, nos ha dado señales tan caracterizadas, que nadie las puede dudar, y cualquier espíritu meniado las puede entender; esto es lo que nos basta. Lo demás ha querido reservarlo para el día de la gloria, en que el hombre entrará en su santuario eterno y cuando se manifestará con todo el esplendor de su magnificencia; entonces pasaremos de esta que tenebrosa á la mas luminosa claridad. No digo por esto que Dios repruebe el prudente conato de una razon modesta y contenida: él nos la ha dado como un faro que nos alumbraba en esta vida; pero quiere que no salgá de su esfera, que se contenga con llegar á lo que alcanza, y que cuando él habla cierre los ojos y se humille delante de la fe. Así lo ha arreglado el Señor por nuestro propio bien, y sería...

... Pero, padre, le interrumpí, ¿no es verdad que Dios ha impreso en el corazón del hombre un sentimiento íntimo y natural, un discernimiento claro de lo bueno y lo malo; en fin, las ideas de la virtud y del vicio? Pues si esto es así, ya tiene todo lo que necesita, y puede conducirse por sí solo y adquirir los premios ó evitar los castigos, si los hay; esta es la ley natural. Dios le da con ella el conocimiento de la ley y le da la razon para que la obedezca por su propio interés. Dios no multiplica los entes sin necesidad ni hace cosas superfluas, y siendo estas medios suficientes para el gobierno del hombre, la revelación es inútil. ¿Para qué grabar en piedra leyes que nos grabó en el corazón? ¿De qué sirven libros ni profetas á quien tiene en sí mismo una luz interior que le dirige?

El padre respondió: ¿Pensais, señor, que baste la razon para hacernos todo lo que la revelacion nos enseña? Vos la hacéis demasiado honor, y cuando la consideráis de poca fuerza, vereis que no la merecé. La religion está llena de verdades sublimes, de conocimientos elevados, que ella sola nos puede descubrir y que jamás sin su auxilio hubiera alcanzado la razon; y esto solo basta para demostrar cuán insuficiente era para dirigir á los hombres y cuán necesaria les era la revelacion.

¿Qué es, señor, la pobre razon cuando está sola y abandonada á sus propios esfuerzos? Considerad que la primera obligacion y el mayor interés del hombre, es conocer su origen, su naturaleza, y sobre todo, su último fin. ¿Y os parece que el entendimiento humano, tan terreste, tan limitado y débil, es capaz por sí mismo de alumbrarnos en la oscuridad de objetos tan intrincados y difíciles?

Juzgado por la experiencia; ved lo que ha alcanzado en los siglos pasados, considerad todos los que han precedido á Juesucristo, recorred las naciones mas cultas que tu-

(1) Prover. XXV, 27.

vieron mas recursos y se aplicaron con mas actividad, preguntad á sus sabios, á sus filósofos, á los mas instruidos: ¿si el hombre es obra del acaso ó si debe su ser á un creador? ¿si le crió en un estado mas excelente ó en el mismo en que hoy está reducido? ¿si el mundo es eterno ó si ha sido sacado de la nada? ¿si Dios ve las acciones de las criaturas? ¿si exige un culto de ellas? ¿y cuál es el culto que exige? Y vereis con asombro, que sobre estas cuestiones tan interesantes, sobre asuntos tan estrechamente enlazados con nuestros obligaciones, nuestra seguridad y nuestros destinos eternos, los descubrimientos de cuarenta siglos no produjeron mas que conjeturas tímidas ó errores monstruosos. Vereis que exceptuando la Judea, en donde Dios habia manifestado la gloria de su nombre, la teología de todas las naciones de la tierra no era mas que una masa indigesta de fábulas y de absurdos, de supersticiones groseras, de misterios indecentes y de abominables sacrificios. Vereis en todos los pueblos los horrores del politeísmo y en los grandes reyes de la Imperia.

Estas tinieblas eran tan generales, que penetraron hasta en las escuelas, y las asambleas de los sabios yacian en una noche igualmente profunda. Los mismos que en Atenas, Corinto y Roma se hacian distinguir por otros muchos y eminentes talentos, cuando hablaban de la religion parecian ciegos y pensaban como niños. Ellos son la prueba mas visible de los cortos alcances de la razon humana, pues multiplicando aquellos sabios sus meditaciones y disputas, no hicieron mas que multiplicar sus errores y delirios.

Es cierto que algunos vislumbraron verdades útiles; pero no pudieron mas que entreverlas con oscuridad y confusion, y esta pequeña luz no bastaba á satisfacer su razon y fijar su incertidumbre. Por eso redujeron los dogmas mas importantes á la clase de problemas ó de cuestiones curiosas, que solo podian entretener á los filósofos y ejercitar su ingenio. Ellos mismos confesaron que la verdad era una especie de fósforo que brilla un momento y se oscurece al instante; ellos mismos dijeron que su razon era como una nave batida por la tempestad y empujada por viento contrarios, sin piloto ni timon, en el vasto piélago de las humanas opiniones.

No es posible resistir contra la autoridad de una experiencia hecha en toda la tierra, que ha durado mas de cuatro mil años y que convence de la necesidad de una revelacion. A vista de esto ¿quién puede persuadirse que el pueblo pueda formarse á sí mismo un cuerpo de doctrina útil y bien ordenado, cuando los hombres mas célebres de todos los tiempos no han podido producir mas que opiniones vacilantes y algunas verdades mutiladas y escritas, sin union ni sistemas sin motivos y sin autoridad?

Los que pretenden dar á la razon tanta fuerza, se valen de las mismas luces que deben á la revelacion para hacerla útil; pero sus raciocinios no merecen detenernos, y son mas aptos á probar los límites que la extension del espíritu humano, pues con los mismos esfuerzos que hacen para acreditarlo, demuestran su triste insuficiencia. Creed, señor, que la razon es débil y que sola la religion la puede abrir los ojos; que la razon es inconstante y variable y que sola la religion puede fijarla; que es débil y que sola la religion puede sostenerla; que en fin, es muy desigual entre

los hombres, y que sola la religion puede suplir lo que falta á uno para igualarla en todos.

Solo Dios podía remediar estos defectos de la razon humana: por eso dió á todos los hombres el mismo culto, los propios los mismos misterios y les intimó las mismas leyes. Estas leyes, estos misterios y este culto, forman el cuerpo de la religion, y desde que la razon advierte que vienen de Dios, no la queda otro arbitrio que el de adorar, creer y practicar.

Aquí le dije: Yo en verdad, padre, no sé lo que digo; puede ser que á fuerza de haber caído en tantos errores los hombres, llegasen al fin á discurrir este plan que es admira tanto; así, para probar que la religion cristiana viene de Dios, no basta decir que los hombres durante muchos siglos divagaron en diferentes opiniones; vuestra asercion necesita de pruebas mas positivas, y esto no me parece tan fácil.

Sin duda, señor, me respondió, que son menester pruebas de otra especie, y lo que he dicho de la insuficiencia de la razon solo sirve á fundar la necesidad de la revelacion; pero en cuanto á las pruebas de su verdad, no dudois de su claridad y de su fuerza. Dios se debía á sí mismo de ser claro y de ser fuerte. Dios se debía á sí mismo de ser superior á las fauces de su razon, y cuando dió leyes tan entradas á su naturaleza; debía, digo, darlos medios de reconocer con evidencia que de él solo como autor de la naturaleza y de la gracia, se derivan unas y otras.

El hombre sería excusable de no creerlas y de no obedecerlas si Dios no hubiera dado á sus testimonios tal grado de fuerza y claridad, que no se pueden esconder á la razon cuando las pasiones no la turban ó no la provocan. Dios no fuera justo en castigar á quien no pudiera redarguir con la evidencia de estas pruebas; pero su justicia tal vez humilde la luz á los soberbios y la muestra á los mas humildes y sencillos. Para componer la fuerza de estas pruebas y para penetrarse de su luz, es menester cierta fe desseo sincero de saber la verdad y con ánimo dispuesto á hacerla todos los sacrificios necesarios: el que no los oiga preparado de este modo, no podrá recibir su impresion, como un paladar que la enfermedad ha vitado no puede hallar grato el sabor de los mas dulces alimentos.

Todo eso podrá ser bueno, le dije yo; pero jamás me persuadiréis que sea posible probar la verdad de ninguna religion con evidencia. ¿Cómo objetos sobrenaturales, misteriosos y oscuros, que vos mismo decís están fuera de la esfera de la razon, pueden sujetarse á las leyes del cálculo ó del raciocinio, de modo que deban convencerse á una razon que si siquiera alcanza á entenderlos? No olvidó la distincion que habeis hecho entre las pruebas de la revelacion y la revelacion misma; confieso que ha sido para mí nueva y que me parece justa. Vos pretendéis que las pruebas de que es Dios quien las ha dado, pueden ser claras, aunque su fondo no lo sea, y añadís que esto debía ser así para que lo fuese meritoria. Emborramos: yo es lo concedo, y como que esto es posible y no contradictorio á la razon; pero cuando en el caso ni en la posibilidad de juzgar estas pruebas, porque no podemos examinarlas á causa de la inmensa distancia que nos separa de los tiempos, de los siglos y los lugares en que todo ha pasado.

Para poder juzgar sanamente de objetos tan importantes y oscuros, sería necesario por lo menos estar cerca de ellos, y los muchos siglos que median entre Juesucristo y nosotros, nos han puesto muy lejos. Los hombres tienen la tan vista corta, que ni alcanza á tan larga distancia; vos la tenéis acortada un poco para que vos, pero no podéis servirnos mas que de medios fallibles; ó de los testigos que yo no he oído, ó de libros escritos por hombres siempre engañados, ó de tradiciones populares que no son seguras y que han debido ser alteradas ó exageradas en el transcurso de tantos siglos.

Todos estos recursos, y no puedo haber otros, ni son practicables ni son ciertos. No son practicables, porque si para convencernos de la verdad de una religion fuera necesario estudiar, comparar y pesar todos los testimonios y pruebas derramadas en los libros y monumentos, aprender las lenguas necesarias y adquirir toda la erudicion de estudio tan vasto y tan difícil, ¿quién pudiera convencerse sino un corto número de hombres laboriosos y hábiles? ¿qué sería de la muchedumbre sin educacion y que está forzada á dar todo su tiempo al trabajo de manos para subsistir? ¿Y quién puede imaginar que Dios haya dado una religion de que todos los hombres no sean capaces y que no sea evidente por sí misma, sin necesidad de discusiones tan intrincadas y penosas?

Tampoco pueden ser ciertos. Toda tradicion es fallible; por antigua, por numerosa que sea, jamás pueden adquirir autoridad; porque excepto los primeros que los testifican, todos los otros no son sino ecos que la han repetido; no añaden prueba ni fuerza; la verdad ó la falsedad está únicamente en el primero. Aunque lo repitan millones, han podido ser engañados por sus predecesores, como yo he sido serlo por ellos; así es claro que desde que yo no he oído testimonio y que es menester que crea autores que son todos hombres y fallibles, ó crea tradiciones que pueden ser fábulas, me es imposible hallar un puerto seguro en que apoyarme y que no se dé al hombre juzgar bien, y meanos probar con evidencia la verdad de hechos que están lejos de sus propios sentidos.

Yo dije otras muchas cosas sobre esto; el padre las oyó con paciencia, y cuando entendió que habia acabado, me dijo: Vuestras reflexiones, señor, nos conduiran al mayor de los inconvenientes; que sería á establecer el pirronismo. Si para estar seguro de un hecho es necesario haberle visto, oírlo, tocarlo y borrarle todas las historias. Nuestros mayores fueron muy simples, recoyendo y pasando-nos todos los hechos de su tiempo, y nosotros no lo somos menos cuando instruimos de los nuestros á los venideros. Cada edad, cada generacion no podrá saber ni aun la historia de sus dias, y apenas cada familia sabrá lo que pasa con ella. César y Alejandro pueden ser una fábula; y cuando se ha escrito hasta aquí, á pesar de los testimonios de los testigos oculares, de los monumentos subsistentes que so originan con aquel motivo, y de los usos, ceremonias ó ritos que le debieron su origen, deberá ser confundido con los rumores populares, que no presentan estos documentos auténticos de su verdad. Yo es poco, señor, que vos mismo seas juez de una doctrina que nos arrastraría á tanto exeso.

Vos decís que no puede ser divina una religion que para convencernos de su verdad necesitaría un estudio que vo-

los los hombres no pueden hacer, en especial los simples y los que viven de su trabajo; tenéis razón, señor. Así no es este método de que nos valeremos para persuadir a esta especie de gente. Dios nos ha dejado una manera de instruirnos más acomodada á nuestra corta capacidad ó á la fatiga de nuestros conocimientos, y vos veis cuán útil es, pues que hasta á tantos pueblos y naciones para creérsela y practicarla con respeto y ríndimiento.

Pero si hay entre ellos algunos espíritus que menos dóciles ó más críticos danán ó quieren entorpecer de los motivos de su fe, si hay otros soberbios, que no queriendo dar crédito más que á las voces de su alta razón, nos vienen á inquietar en la tranquila y pacífica posesión de nuestra creencia, si en fin, algún infiel, algún hereje ó algún filósofo nos viene á preguntar nuestros motivos, ¿qué podemos hacer en estos casos sino mostrarles los documentos, las pruebas y los testimonios de todos los siglos, que han pasado hasta nosotros con fidelidad este depósito sagrado?

Así esta religión, que por su santidad persuade al simple, que por su elevación admira y somete al dócil, no teme tampoco el examen del crítico; por el contrario, desea que este la examine, la indague, la registre, segura de que hallará en ella pruebas evidentes de su genealogía divina. Ella le mostrará cuán inexcusable es el que sí tuvo la desgracia de hallar en su soberbia razón dificultades que le alejaban de ella, no tuvo bastante aplicación para estudiarla y conocerla; pues hubiera podido fácilmente desengañarse y salir de su error.

Añádase que la tradición, por numerosa que sea, no añade prueba ni fuerza; porque todos no hacen más que repetir lo que dijeron los primeros, y también tenéis razón; pero nosotros no los producimos como testigos que prueban, sino como testigos que confirman, que es verdad lo que dijeron los primeros, y esto es lo que nos basta. Por ejemplo, los cristianos del segundo siglo no pudieron ver á Jesucristo ni ser testigos de sus milagros; pero casi todos habían hablado con sus primeros discípulos que lo habían visto, habían sabido de ellos los hechos y las circunstancias, y además de esto los veían hacer á ellos mismos otros milagros en nombre y por la virtud de Jesucristo; así lo que nos refieren no es solo una repetición, sino una confirmación auténtica de lo que contaron los primeros testigos, y de la fe y confianza de que eran dignos.

Los del tercer siglo no pudieron ver ni á Jesucristo ni á sus primeros discípulos; pero sabían toda su historia por sus padres, que la habían aprendido de ellos; así su testimonio tampoco es una repetición desusada, sino una certificación de que verdaderamente sus mayores los habían transmitido la noticia de aquellos hechos atestigüados por los que los vieron, y de este modo han venido sucesivamente hasta nosotros, que los pasaremos también á nuestros descendientes. Nosotros los certificaremos que los hemos recibido de nuestros padres, que de mano en mano los habían recibido de los suyos, que los recibieron de los otros hasta llegar á los testigos de vista; así por una cadena no interrumpida llegaremos en todo tiempo hasta los apóstoles.

Por esto nosotros no somos ni podemos ser testigos oculares de los hechos que refiere el Evangelio; pero somos los depositarios de su verdad; nosotros certificamos que nos la han transmitido nuestros mayores tal como la han recibido de los suyos; y de este modo cada generación no

solo repite lo que ha dicho la pasada, sino certifica y acredita que recibió de sus mayores la tradición que estos la pasaron; que es la misma sin alteración que la que ellos habían recibido, y que ha sido siempre la misma hasta llegar á la noticia original de los testigos primitivos. Y ve aquí cómo todos los siglos no hacen más que repetir; pues no solo atestigüa cada uno que la cadena de testimonios no se ha interrumpido jamás, sino que tampoco se ha alterado, que se ha conservado con fidelidad y exactitud, y que lo que nosotros creemos ahora, es aquello mismo que los testigos de vista escribieron y comunicaron á los primeros que convirtieron.

Esto puede ser, repugné yo; y es natural que lo que hoy se cree sea la misma cosa que creyeron los primeros cristianos. Es verosímil que en materias que la superstición respeta como sagradas, no sea fácil alterar nada, porque no se pudiera hacer sin excitar el clamor general; pero probar que una tradición sea la misma ó se conserve entera, no es probar que sea cierta; me parece muy ridícula la pretensión de que nosotros por una tradición creemos lo que no quisieron creer los judíos, que eran testigos de los hechos.

¿No es verdaderamente ridículo que se quiera hacer creer por relaciones de otros lo que no se pudo persuadir á los mismos que vieron lo que se refiere á nosotros? Pues ellos á vista de los hechos no solo no los creyeron, sino los despreciaron y condenaron á Jesucristo como impostor y malhechor; ¿cómo es posible pretender, aun suponiendo que sean ciertos, que deban persuadirnos á nosotros desde que son tantos siglos? ¿cómo pueden ser evidentes hechos que no pudieron convenir á los mismos testigos?

Y observad la diferencia de nosotros á ellos. Para conocerla trasportémoslos al tiempo en que Jesucristo vivía: los judíos esperaban un Mesías; su tradición, verdadera ó falsa, era que por instantes debía ya nacer el libertador de Israel. Es imposible imaginar que no estuviesen todos con la impaciencia y atención que pedía tan alto interés. Vio el Redentor que esperaba, el libertador prometido á la casa de David; comparad todas mis circunstancias con lo que os han anunciado los profetas, observad la multitud de los prodigios que hago, ved cómo sano todas las enfermedades con el imperio de mi palabra, cómo arrojé al espíritu impuro, cómo profetizo lo porvenir, cómo resucito los muertos, y cómo yo mismo he resucitado y triunfado de la muerte.

¿Os parece, padre, que si la menor de estas cosas fuera cierta, que si los judíos la hubieran visto con sus propios ojos, era posible que cuando no deseaban ni pedían más que la venida del Mesías prometido, le hubieran desconocido hasta el extremo de tratarle como malhechor? que la sinagoga, mas instruida que el pueblo lo hubiera condenado á la muerte más afrentosa? ¿Qué prueba más clara de que ellos no vieron ninguno de los milagros que se han contado después? Ellos eran contemporáneos, ellos fueron los jueces, los acusadores y los testigos, ellos tenían el mayor interés en averiguar la verdad; y pues ellos lo creyeron un impostor, ¿cómo podemos nosotros creer que era nada menos que Dios? Su incredulidad justifica la nuestra.

No me opongan ni los muchos pueblos cristianos, ni el gran número de mártires que después la han creído; su fe, que puede ser hija del entusiasmo, ó de la sectación, no merece hacer contrapeso en la balanza contra el testimonio

de los mismos testigos. Los gentiles, que fueron los primeros convertidos, ni podían entender como ellos el verdadero sentido de los profetas, ni podían conocer con tanta exactitud las circunstancias de los hechos que no vieron y que no podían juzgar por sí mismos, sino por relaciones de otros. Así, toda la presunción está en favor de los judíos que no creyeron, contra los idólatras que dijeron haber creído; y es ridículo pretender que nosotros creamos que era un Dios el que tuvieron por impostor los que lo vieron de mas cerca.

Ve aquí, señor, una dificultad que es parece terrible, y en efecto, es espocioso; porque como simple y natural agrada y contenta, sobre todo á los peregrinos que quieren con poco ánimo tomar un partido y decidirse. Pero examinémosla poco á poco, y veamos si es sólida. Primeramente, supone que los hombres no pueden dejar de convertirse viendo un milagro, y esto no es tan cierto. El mal rico pedía á Abraham que enviase alguno de los de la otra vida á advertir á sus hermanos, para que evitasen venir al lugar de horror en que él estaba, y Abraham le responde que sus hermanos tienen la ley y los profetas, y ¿qué si no creen á estos, tampoco creerán á nadie que vaya milagrosamente á prevenirles (1). En efecto, señor, los milagros no pueden persuadir sino á aquellos que libres de interés y de pasiones, desean sinceramente conocer la verdad; pero los que tienen un interés vivo en no creerlos, ó los que cesivase de una fuerte pasión desean que no sean ciertos, hallan mil pretextos para eludirlos.

Supongamos un hombre en este caso, y que se le presente á la vista un milagro estapando: sin duda quedará atónito y no sabrá qué decir; pero si un interés poderoso ó una pasión activa le hacen desear que no sea verdadero, después de dar algún tiempo ó la sorpresa y al asombro, poco á poco irá buscando razones ó motivos para debilitar su impresión, y procurará persuadirse, ó que aquello ha podido ser engaño de sus sentidos, ó que debe atribuirse á otras cosas que su pasión le hará considerar más verosímiles; y esto es precisamente lo que sucedió con los judíos.

Jamás estos dudaron de los milagros de Jesucristo que veían; pero los atribuyeron á un mal principio; su realidad les era tan patente, que ni pudieron negarla entonces, ni disimularla á sus sucesores. Así estos, que tampoco han podido negar lo que confesaban sus mayores, se han visto forzados á decir en el Talmud: Que Jesucristo había descubierto la inscripción del nombre de Dios, y con este nombre misterioso que sabía pronunciar, toda la naturaleza le obedecía como al mismo Dios, con otras mil necias de esta especie, en que no insistió por no molestarlos con tan ridículos absurdos. Pero esto solo basta para convencernos que ni los judíos de entonces ni los de hoy se han atrevido á negar los milagros de Jesucristo. No era posible que negasen lo que todos veían; y no puede haber prueba más evidente de su existencia, que la necesidad en que se vieron á unos y otros de recurrir á invenciones tan frivolamente absurdas; pues es claro que si aquellos milagros no hubieran sido tan notorios como evidentes, hubieran dicho que no eran ciertos, y con esto los desmentían fácilmente.

(1) Luc. XVI, 30.

Esto es, padre, interrumpi yo, lo que aumenta la dificultad. Pues si es cierto que el pueblo y la Sinagoga veían estos milagros de manera que no podían dudarlos, ¿cómo es posible que con tanta constancia se hayan obstinado, no solo en no reconocerlo, sino en crucificarle? Mi respuesta es fácil, dijo el padre: yo os he instruído que unos y otros atribuyen á Belcebú, príncipe de los demonios, los milagros que no podían d'jar de ver; y con este principio que les sugería su pasión, se creían autorizados no solo á no creer, sino á perseguir á Jesucristo. Aunque hablando con rigor, fuerza de este pretexto se hallaban ellos en otras disposiciones que podían contribuir á su engaño.

Para conocerlos, examinemos la situación de los judíos, y veréis que en esto no hay dificultad. Es verdad que ya esperaban al Mesías, los profetas le habían anunciado para aquel tiempo, el estado de su gobierno lo indicaba; ya, según la profecía de Isaach, el estro había salido de la tribu de Judá; ya no tenían ni poder, ni autoridad, ni magistrados, el Egipto estaba degradado, y sus miembros habían pasado de jueces á ser simples doctores, los romanos se habían apoderado del poder de la vida y de la muerte, y no quedaba á los judíos otro derecho que el de decidir en asuntos de religión.

La nación oprimida y descontenta veía con dolor esta triste situación, sin otra esperanza que la del Mesías que ya esperaban por instantes, y se había figurado que este Redentor debía restituírle su esplendor antiguo, que al modo de los conquistadores del mundo, traería consigo fuerzas y poder para domar sus enemigos, que abairaría á Roma, que dominaría á los gentiles, y que establecería un imperio en que los judíos serían los dueños de la tierra y gozarían de todos sus bienes y riquezas. ¿Sobre qué fundaban los judíos estas esperanzas? ¿Sobre las profecías? pero era interprofundada á gusto de sus necesidades, y no según el órden que tenían entre sí y que los sucesos han manifestado después.

Porque Jesucristo vino, pero en un órden muy diferente de aquellas orgullosas esperanzas. Su nacimiento oscuro y su estado humilde no excitaron atención alguna; no prometió á sus discípulos ni las grandezas que el mundo admira; ni los bienes que ama; su doctrina es santa y elevada, pero austera y penosa; sus acciones son grandes y sublimes, pero sin fausto ni ostentación; sus promesas son magníficas, pero se reservan para la otra vida; esto bastaba para que no le reconociesen por el Mesías aquellos hombres soberbios y groseros, de unos conceptos terrestres y carnales, que no estimaban más que el placer de los sentidos y cuyo único objeto era gozar de los bienes de la tierra y subyugar con las armas á los enemigos que los oprimían. Ve aquí el error que engañó á los judíos y los hizo tan obstinados; y esta razón es clara, tanto por la historia como por el genio y carácter conocido de la nación misma.

Todo eso, padre, puede ser así, le dije yo; pero es imposible comprender que una nación entera por una precipitación de orgullo ó de interés haya podido resistir á la fuerza poderosa de tantos milagros; confesado que no se puede concebir tan monstruosa ceguera! Con todo, señor, me respondió, sin salir del punto que tratamos, ¿cuántos ejemplos de ella estamos viendo cada día? ¿No vemos en el seno del cristianismo unos espíritus bastante ciegos, que

se escandalizan y avergüenzan de la pobreza y humilde condición de Jesucristo, sin que su orgullo pueda conciliarlos con lo que la fe les enseña? No dudan de los milagros de Jesucristo, saben que son ciertos, y no obstante esto, miden con su débil imaginación los consejos de Dios, y á pesar de todos sus prodigios, casi les parecen menos decente su pasión y su muerte. ¡Qué hicieran, pues, si como los judíos, desearan que pareciese grande para salvar el Estado y socorriesen lo que pareciese vergonzosa que sufrían!

Pero voy á satisfaceros mas directamente. Vos me preguntáis por qué los judíos no creyeron aunque los milagros de Jesucristo fuesen tan repetidos como evidentes; y yo os respondo, que esto era para que se cumpliesen las profecías, porque estaba predicha su incredulidad, y que la venida del Mesías, que debía ser la salud del universo, sería la reprobación del pueblo judío: estaba profetizado en el Deuteronomio, en Isaías y Jeremías, que este pueblo deplorable debía tener ojos y no ver, oídos y no oír, corazón y no comprender.

Los demás profetas están llenos de estas amenazas. A cada paso se encuentran en ellos que el Mesías sería dado, pero que sería desconocido y maltratado por los judíos. Su dureza y su castigo estaban predichos, la historia lo ha confirmado todo, y hoy mismo son un ejemplo vivo y una prueba subsistente de aquellas profecías. El nuevo pueblo de creyentes, que se debía levantar sobre sus ruinas, está también pintado con colores tan vivos y tan parecidos al retrato, que no es posible desconocer la Iglesia cristiana que ha sucedido á la infeliz Sinagoga. De modo, señor, que si tenéis razón para asombraros de la incredulidad de los judíos, la tenéis mucho mayor para deponer toda duda cuando veis tan exacta conformidad entre las predicciones y los sucesos.

Sin duda que Dios tuvo justas razones para condenar á los judíos á tan severa proscripción; pero observad cómo la obstinada resistencia, tanto de los que persiguieron á Jesucristo como de sus descendientes, que sufren hoy mismo la pena de su incredulidad, es una de las pruebas mas victoriosas de nuestra fe, y parece que debía entrar en el orden de la dispensación divina. Porque como dice Pascal, si todos hubieran sido convertidos por Jesucristo, no tuviéramos mas que testigos sospechosos; si Dios en castigo los hubiera hecho desaparecer de la tierra, no tuviéramos ninguno; pero dejándonos en ella como monumentos subsistentes de la verdad de las predicciones y confesando los milagros, aunque blasfemando de la mano que los hace, su existencia sola acredita lo uno y lo otro, y sin quererlo, nuestros mayores enemigos se transforman en nuestros defensores.

Además de esto, no todos los judíos fueron rebeldes; muchos reconocieron á Jesucristo, aunque fueron la menor parte; pero por ellos empezó la Iglesia. Los gentiles no vinieron sino después, como estaba también predicho. En Jerusalem se formó el primer rebaño, pequeño á la verdad en su principio, pero que se aumentó mucho después del milagro de la resurrección. En apostólos hicieron conversiones cuyo número espanta; en dos días ocho mil con el corazón compungido pidieron á san Pedro que los bautizase con el agua santificante, y estos nuevos cristianos hicieron á otros, los que convirtiendo muchos nuevos, múltiplica-

ron en poco tiempo su número. Así, no es cierto que todos los judíos hayan resistido á la fuerza de los milagros. Los que hacen esta objeción se engañan, porque no ponen la vista sino en los descontentos de los judíos rebeldes; pero no deben olvidar los muchos que se incorporaron en la Iglesia, y de que tantos cristianos son hoy la posteridad.

Aquí repliqué yo: Ya os entiendo, padre. Vos me explicáis el motivo secreto que os indignó el corazón de los judíos contra los milagros, aunque no pudiesen dudar de su certeza. Vos lo atribuíste á la natural repugnancia que debían sentir viendo la bajeza exterior de Jesucristo; su orgullo, acostumbrado á las ideas ambiciosas que se había formado de la grandeza de su libertador, no quería reconocerle en un hombre tan oscuro y abatido.

Esto puede ser, pero lejos de resolver la dificultad, la añade mas fuerza; porque es claro que los judíos tenían razón. ¿Cómo era posible reconocer al enviado del Señor, presentado desde el origen del mundo, al Salvador que los profetas habían anunciado con tanta pompa, al Mesías vencedor de todas las naciones, cuya gloria debía penetrar hasta las islas desiertas, en un hombre miserable que vivía triste y pobremente, que sabían haber nacido en una familia oscura que se ocupa en los bajos ejercicios destinados á la miseria? ¡Quién podía imaginar que el Santo de Israel, el redentor del género humano pudiese venir con tanta pobreza!

No ignoro que me responderéis que las vías de Dios no son las nuestras y que no podemos penetrar la profundidad de sus designios. Esta es la salida ordinaria con que se pretenden eludir todas las dificultades que no se pueden desear; pero con respuestas tan triviales se pueden justificar todos los delirios. Lo cierto es, que aunque haya infinita diferencia entre la sabiduría divina y la nuestra, tenemos con todo principios seguros para juzgar sus obras.

Uno de los mas claros es, que Dios no puede hablar á sus criaturas de una manera equívoca que deba necesariamente engañarnos, y es visible que los judíos debían engañarse si el Mesías nacía en la bajeza y miseria, después que los profetas le habían anunciado con tanta gloria y majestad. La contradicción no podía ser mas fuerte y la seducción era inevitable; así los judíos no pudieron ni nosotros le podemos reconocer.

Yo dije, esto con un aire de satisfacción: en efecto, me parecía imposible responder bien á una demostración tan simple, y en secreto me complacia premitiendo el embarazo de aquel sencillito padre; pero por desgracia en aquel instante sonó una campana, y el padre se levantó diciendo: Ve aquí la voz de Dios que me llama; mañana si os parece, continuaremos este asunto, y espero que esta dificultad que os parece tan invencible, quedará tan sencilla como las otras. El padre se fue, y yo quedé picado de ver que se jactase de deshacer una objeción que yo encontraba insoluble. Decía entre mí: este hombre tiene talento y persuasión; pero á pesar de toda su habilidad, por lo esta vez espero vencerle; y pues está tan satisfecho, no le he de dar cuartel, veremos cómo sale. ¿Y qué sabe sino al fin le haré confesar cuán ridículo y absurdo en su sistema! Con esta idea esperaba impaciente el otro día, cuyas resultas sabrás por la carta que seguirá á esta. Adios, amigo mío.

CARTA VI.

EL FILOSOFO A TEODORO.

Teodoro mío: Cuando vino el padre, después de las primeras cortesías, me dijo: Ayer, señor, nuestra conversación quedó pendiente: vos me habéis propuesto una dificultad, que consistía en decir que si los profetas habían predicho que el Mesías vendría sin grandeza y gloria, los judíos tuvieron razón en no reconocer á Jesucristo, que se manifestó con la mayor humildad y pobreza. Creo que esto es en sustancia; pero esta dificultad que á primera vista parece tan terrible, toma toda su fuerza de un equívoco, y esto se escconde en la verdadera aplicación de la palabra grandeza.

Los hombres se engañan mucho en su genuina inteligencia. Hay muchas especies de grandeza, mas verdaderas y otras falsas: por lo común nosotros no llamamos grandeza sino á lo que le parece así á la imaginación y á los sentidos. El nacimiento ilustre, la autoridad, la opulencia, las hazafas y las demás cosas de esta especie, son por lo común lo que con afrenta de la razón alucina y seduce á los hombres, y esta pudiera llamarse la grandeza sensible. También distingue otra que se puede llamar espiritual, porque pertenece al espíritu, como es un gran ingenio, talentos extraordinarios, reflexiones profundas, vastos conocimientos, el don de la invención, la elocuencia, la fecundidad de la imaginación, y otros dotes de esta naturaleza.

Pero son pocos los que distinguen y menos los que admiran otra grandeza que hay mas oculta, y que sin duda es superior y debe ser preferida á todas; esta es la que consiste en la santidad. Ya se ve que estas tres especies de grandeza son diferentes, y que su distancia es infinita: la primera es fútil y terrenal; la segunda, menos gruesa, puede ser vana y es peligrosa; solo la tercera es sólida y sublime.

Los hombres suelen apreciarlas mal; pero ellas tienen en sí mismas un mérito intrínseco y propio, que consiste en que Dios las estima. Todas las grandezas terrestres y sensibles reunidas, no pueden elevarse jamás al valor de una sola operación del entendimiento, y todos los mas elevados conceptos del ingenio no equivalen al precio de una acción sobrenatural. Para los que saben subir á los principios de las cosas, estas son verdades claras y evidentes.

Añadid á esto, que todas estas grandezas que solo pueden ser aprendidas por la razón, aun cuando no sean incomparables entre sí, por lo regular cada uno aprecia la que le agrada, despreciando á la que no tiene ó no desea. Por ejemplo, el que no busca mas que los placeres del cuerpo, se embaraza poco del estado, de los descubrimientos ó de los embalsos del entendimiento. El que no piensa más que en esto, no se afana ni se cree miserable por no tener el fausto y resplandor con que pretende distinguirse el primero, y para uno y otro son muy indiferen-

tes los actos de virtud y justicia á que da tanto aprecio el que aspira á ser santo.

Estos son desórdenes distintos, y cada cual tiene sus gustos y grandezas separadas: el primero no quiere ser grande sino á los ojos de los hombres sus iguales; el segundo á los de los sabios, el último á los de Dios; y cada uno es ó puede ser grande en su género. Alejandro lo era como conquistador, Platon como filósofo, san Pablo como cristiano; apliquemos estos principios á vuestra dificultad.

Vos desís, Jesucristo no podía ser el Mesías porque ha aparecido en un estado vil. Es como si dijérais: Alejandro no puede ser grande porque no fué gran filósofo, orador ó poeta; vos veis que discurriendo así haríais un juicio erróneo, basando en él una grandeza que no correspondía á su carácter; así juzgais mal de Jesucristo, extrayendo que no tenga una grandeza que era propia suya. Para poder juzgar de la grandeza ó bajeza de una persona, es necesario considerar si su estado es conforme ó contrario al orden de grandeza de su destino, de su instituto ó de su misión; este es el único principio justo que nos debe conducir en este examen.

Para saber, pues, si Jesucristo ha tenido la grandeza que debía tener, solo se debe considerar el fin para que ha venido. Ahora bien: considerad que Jesucristo no vino sino para hacer volver al rebaño las ovejas que se habían extraviado del aprisco, para convertir á los hombres, para enseñarles el camino del cielo, para librarlos de sus pasiones y de su amor propio, para darles lecciones y ejemplos de virtud, para ministráreles los bienes verdaderos y eternos, y lo despreciables que son estos bienes temporales, para instruirles en la verdadera adoración de Dios y que le tributasen un culto digno de su santidad, para perfeccionar los pecados del mundo, para proporcionarnos socorros eficaces y correspondientes á nuestra flaqueza; en fin, para preservarnos ó hacernos levantar de nuestra miseria: ve aquí su destino y el único objeto de su divina misión, y ve aquí la sola grandeza que le correspondía, esto es, la abundancia y proporcion de los medios convenientes para tan altos fines.

¡Ah, señor! si vos conociérais mejor á Jesucristo, si os hubierais aplicado á examinar su nacimiento, su vida y sus acciones, vos veríais si es grande en el orden que le era propio. Es verdad que nació pobre, humilde, que no reinó, que no dió batallas, que no ganó victorias; pero ¿qué importa? Nada de esto le era necesario; al contrario, todo eso hubiera repugnado á los principales objetos de su misión. Si yo os dijera que Platon no fué un gran filósofo porque no fué de ilustre nacimiento ni poseyó grandes dominios, vos me diríais con razón: ¿qué importa que fuese de alta ó vil extracción, pobre ó rico, libre ó esclavo? nada de esto puede aumentar ó disminuir su gloria, porque él no es grande sino en el orden de los talentos.